CARLOS ARNICHES Y ANTONIO ESTREMERA

El camino de todos

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL

Copyright, by Carlos Arniches y Antonio Estremera, 1924

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1924

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elcaminodetodosc00arni

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
1555

EL CAMINO DE TODOS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvége et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

El camino de todos

COMEDIA

EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

CARLOS ARNICHES Y ANTONIO ESTREMERA

Estrenada en el TEATRO REY ALFONSO
el 4 de Abril de 1924

MADRID
Establecimiento tipográfico de J. Amado
Pasaje de la Alhambra, 1.
Teléfono 18-40
1924

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARTA...	Carmen Muñoz.
TIA PETRILLA...	Pascuala Mesa.
DOÑA AURORA...	María Comendador.
JOVITA...	Milagros Toldos.
DON PEDRO...	Mariano Asquerino.
JUANON...	Juan Espantaleón.
SEÑOR LAUREANO...	Antonio Riquelme.
PADRE ENRIQUE...	Julio F. Alymán.
MARCIAL...	Rafael F. Terry.
CASQUETE...	Enrique Navarro.
TOMASIN...	Edmundo Barbero.
ISMAEL...	Manuel M. Galeano.
EL SECRETARIO...	Pío Graci.
TIO CENTENAS...	Manuel M. Galeano.
BONIFACIO...	Pío Graci.
VARISTO...	Felipe R. Montesinos
TOÑUELO...	Alfredo Weber Isla.
GABINO...	Alfredo Weber Isla.
FABIAN...	Luis S. Ulloa.
CONCEJAL 1.º...	Luis S. Ulloa.
CONCEJAL 2.º...	Carlos Estrada.
CONCEJAL 3.º...	Alfredo Weber Isla.

La acción, en un pueblo insignificante de la provincia de Guadalajara. Epoca actual. Derecha e izquierda, las del actor.

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

ACTO PRIMERO

Portal o planta baja de una casa de pueblo castellano. Al foro centro, puerta de entrada con dos hojas, y a su derecha, ventana practicable. A la derecha y en primer término, puerta con dos o tres escalones que se supone da acceso a las habitaciones de la planta principal. En segundo término, otra puerta. A la izquierda y en primer término, otra puerta que conduce a la cocina, y en segundo término, chimenea. En uno de los lados, bargueño o mueble antiguo, en el que habrá recado de escribir. Una mesa y varias sillas antiguas y de estilo español. El pavimento, de baldosas. En el centro y pendiente del techo, un farol, dentro del cual luce una lámpara incandescente.

Al levantarse el telón es de noche, la chimenea estará encendida y en ella, sobre unas trébedes, habrá un gran caldero.

Aparecen situados al amor de la lumbre la TIA PETRILLA, TOÑUELO y el viejo TIO CENTENAS.

Toñuelo Avive usté la lumbre, tía Petrilla.

Petrilla ¿Quiés mejor lumbrarada?

Toñuelo Que viene uno arrecío. *(Se calienta.)*

Varisto *(Entrando.)* ¡A la pá e Dios!

Toñuelo Hola, Varisto, asiéntate.

Varisto Con licencia. *(Se sienta a la lumbre.)* ¡Da gozo la lumbre!

Petrilla ¿Qué tal pinta la noche?

Varisto Con su meaja escarcha, que viene uno entumío de la barbechera.

Centenas *(Viejo.)* Danos un traguejo e vino, Petrilla.

Petrilla A este tío Centenas, paece que la lumbre le seca el garguero.

Centenas Que uno es viejo, y ya no quié pensar en las cosas de aquí abajo... ya no quié uno

862.8
T253
A2

722093

más que mirar pa arriba. *(Empina la bota que le da Petrilla.)*
(Se escucha lejana la tonada de un labriego y el campanilleo de las mulas.)

Voz lejana Naide se meta conmigo,
porque si m'atufo yo,
soy más burro que mi burro
y no hay quien me diga sóo...

Toñuelo ¡Ese es Bonifacio!

Petrilla Por la copla él paece.

Centenas ¡Qué creatura más anemal!

Bonifacio *(Dentro, pero más cerca.)* ¡Sóo... sóo, Romera! ¡Maldita sea tu casta, ladrona!... ¡Que te voy a hacer peazos!... ¡Sóóóóó!... ¡Dita sía!...

Varisto Tié una caeza que le tira usté una piedra y rebota.

Toñuelo Callaise, que está ahí.

Bonifacio *(Entra, con las manos en la cabeza. Se toca un punto de la frente y se mira los dedos.)* ¡Dita sía! ¡Guás noches!

Centenas ¡Hola, Bonifacio!

Bonifacio ¡Por qué no l'habré matao! ¡Su sangre perra!

Petrilla ¿Qué te pasa, hombre, pa tanto reniego?

Bonifacio Náa, que vengo que me recomo e coraje.

Varisto ¿Pos qué t'ha ocurrío?

Bonifacio ¡Náa, hombre!... ¡Y que toas las noches me tié que pasar lo mesmo, hombre!... ¡Ahora, que a mí!...

Centenas ¿Pero c'ha sío?

Bonifacio Náa, hombre, que allego a la cuadra montao en la mula y voy a entrar, pos y que toas las noches me tengo que dar con la caeza en la viga e la puerta, que me está corta en medio palmo.

Petrilla Pos agáchate cuando pases.

Bonifacio ¡Eso lo haría un tonto!

Centenas U entra esmontao.

Bonifacio ¡No sería malo!... Yo montao tengo de entrar y más tieso que un huso, que lo tengo decidío, que u la viga me rompe a mí la caeza, u yo con la caeza rompo la viga. Es cuestión de puntillo.

Petrilla ¡Rompes tú la viga!

Bonifacio ¡A ver!... ¡Ya se está resquebrajando!...

Toñuelo Asiéntate, anda.

Bonifacio ¿Cómo está la cena?

Centenas Cociendo a borbotón, ya lo oyes.

Bonifacio Güena olereja esparrama.

Varisto Oye, ya m'ha dicho el tío Cancas lo que le hiciste anoche a tu primo Celedonio.

Bonifacio ¡Nos gastamos cáa broma!

Petrilla ¿Qué fué?

Bonifacio Náa, que él, trasantier, le puso a mi mula una ortiga en el rabo y fuí arrimame y m'arreó una coz que me hizo un hueco aquí atrás que me cabe un cajetilla; y yo, pa correspondele, pos por la noche entré en su cuarto, de que s'había dormío, lo agarré con colchón y tóo y lo boté pa la calle.

Centenas ¡Jugueteos!

Varisto ¿Y no le hiciste daño?

Bonifacio A él no, pero de poco mato al sereno.

Centenas Güeno, y a otro cantar. Decime, ¿quién de vosotros ha visto hoy al Juanón?

Toñuelo Yo ni gana e topame con esa fiera.

Centenas Lo digo, al tanto de que aquí ha estao la tía Romualda, la del Sotillo, que venía asustá, que ice que l'ha sentío de icir que esta noche viene a hablale al amo, porque ice que a la fuerza u como sea, le tié que dar su tanto cuanto de la tierra que tié a su cuido; que él dice que en ese sitio que le llaman la Rusia, ande los sovietes, pos que la tierra no tié amo.

Varisto ¿Pos de quién es?

Centenas Del que la labra y náa más.

Bonifacio Eso son «torías».

Centenas Sí; pero él ha solivientao al tío Sidoro y a Sabino el de la Esgueva y si se presenta aquí y le ice al amo lo que icen que quié icile, sale e caeza.

Toñuelo Pos güeno es el amo de tremendo y de duro.

Petrilla ¡Alto allá! ¡El amo es güeno como los ángeles!...

Varisto ¡Usté qué va icir, que l'ha criao!

Bonifacio ¡Y yo no digo que no sea güeno, pero tié un genial, rediez!... ¡Que le gruñe a su sombra por menos de náa!

Toñuelo Y luego hay que velo de huraño y callao.

Petrilla ¡Que tié sus penas y bien hondas!

Centenas ¡Pero qué penas son, rediez, pa vivir metío en un rincón, asustando a la gente con su tristeza y su huronería!

Varisto ¡Yo he sentío icir que es que le embrujó una mala mujer!

Petrilla ¡Silencio!

Bonifacio ¡Yo, que tuvo que matar a uno en riña!...

Petrilla ¡Callaise, he dicho! El amo tié lo que Dios le haiga mandao y ná más. ¡Y no está meaja bien que los que le sirven mermuren!

Centenas Y reparaí... ni a conjuro... ¡El amo viene!

Petrilla Callaise tóos.

(Se callan.)

D. Pedro *(Llega a la puerta. Se quita su sombrero. Pasa ante sus criados hosco y triste.)* Buenas noches.

Criados *(Se levantan, quitándose gorras y sombreros.)* Güas noches, señor amo.

(Don Pedro vase por la puerta de la escalera y cierra tras sí.)

Bonifacio Pos hoy paece que tié mejor humor, ha dicho «güas noches».

Petrilla ¡Más güeno que un ángel! ¡Si a otro le hubiese pasao lo que a él!...

Todos ¿Pero qué le pasó?

Petrilla ¡Misterios!... El que quiá saber, a Salamanca.

(Por el foro salen AURORA, JOVITA y MARCIAL.)

Aurora Buenas noches, tía Petrilla y la compañía.

Petrilla Buás noches, señoritos.

Mozos Buás noches.

(Saludos.)

Aurora ¿Qué, ha venido ya mi hermano?

Petrilla No hace ni un menuto que acaba de entrar.

Aurora Y dime, Petrilla, ¿no ha venido todavía Casquete con el señor cura nuevo?

Petrilla Toavía no.

Aurora ¿A qué hora salió el mozo a buscarle?

Petrilla A las tres se fué con los caballos; pero son más de cuatro leguas lo que tién que andar.

Aurora De todos modos, ya no tardarán.

Jovita ¡Tengo una gana de ver aquí al padre Alegre!

(Siguen hablando las tres mujeres.)

Marcial *(A los labriegos.)* ¿Qué hay, amigos?

Toñuelo Buás noches, señorito Marcial.

Marcial ¿Qué, cómo pintan esos campos?

Varisto Talcualejamente.

Marcial *(A Bonifacio, dándole un manotazo en la cabeza.)* ¿Y tú, qué tal, cabeza dura?

Bonifacio Pos tan dura.

Marcial ¿Qué, cómo andamos de novias, tío Centenas?

Centenas ¡Oy, novias!...

«El que al golver de la vida
va soñando con quereres,
que se arrecuerde del calvo
que encontró en la calle un peine.»...

Marcial Vaya un cigarro. *(Da un cigarrillo a cada uno.)*

Toñuelo ¡Qué diferente es usté de su tío, señorito, de alegre y de campechano!

Marcial ¡Hombre, poca gracia tiene! Yo soy joven; acabo de realizar mi ilusión de ser militar, lleno de entusiasmo; empiezo a vivir... Ya veremos al ir viviendo lo que la vida nos trae... ahora... no pienso más que en ir a Africa a luchar, a hacer algo por España, a ganar gloria y estrellas.

Varisto ¡Icen que se va usté pronto!

Marcial Dentro de dos días.

Centenas ¡Dios le dé a usté suerte!

Marcial ¡Qué hacer! Lo que se emprende con entusiasmo, siempre tiene un fin glorioso.
(Siguen hablando los hombres.)

Petrilla ¿Y las señoritas querrán cenar de seguida?

Aurora Sí, porque esta noche hay función en el Casino a beneficio de los pobres.

Jovita La he organizado yo, Petrilla.

Petrilla ¡Cosa güena ha e ser! ¿Y qué junción echan?

Jovita Comedia de aficionados y una cupletista muy buena.

Aurora ¡Pobre mujer! No le arriendo la ganancia con los gansos del pueblo.

Petrilla ¿Y qué, se van ustés por fin pasao mañana?

Jovita ¡Qué remedio! Queremos despedir a Marcial, que se va a Africa.

Aurora ¡Y bien sabe Dios que lo siento! Porque ésta es la vez que he encontrado a mi hermano más ensimismado y más triste, y siento dejarle.

Petrilla Son los años que van pasando, señorita, y ¡como vive sin ninguna ilusión y con la espina de aquel dolor!...

Jovita ¡Pero cómo fué tan mala aquella mujer que burló a mi tío!

Aurora Qué sé yo, hija. Aberraciones. ¡Un ángel parecía!

Petrilla Mismamente, y naide lo hubiese dicho que...

Aurora Que todo podía temerse, menos que traicionara a un hombre tan generoso y tan noble como tu tío.

Jovita El tío debía quererla ciegamente.

Aurora Con una locura que no se puede ponderar, que sólo veía por sus ojos.

Petrilla Cuando se escapó con aquel amigo del señor y el señor encontró la carta en que ella le daba cuenta del engaño y le pedía perdón... ¡Cayó al suelo, como si un rayo del cielo le hubiá matao!

Aurora Estuvo un mes entre la vida y la muerte, y al cabo quedó en la tristeza en que vive ahora, y de ella no sale.

Petrilla Ni palabras, ni consuelos de naide han podido ná.

Aurora Yo creí que al morir aquella mujer, que Dios haya perdonado, la noticia de su muerte modificaría su vida... ¡pero como la sintió viva la sintió muerta!... ¡Y cada día está más sombrío y más hosco!

Jovita Yo creo, mamá, que la idea que has tenido de que el padre Alegre se ponga en contacto con el tío Pedro, puede mejorar, si no curar del todo, su tristeza.

Aurora Así lo espero.

Petrilla Callen ustés, que me paece que llega gente.

Jovita ¿Serán ellos?

Petrilla *(Que fué a mirar.)* ¡Sí, ellos son: Casquete y el señor cura nuevo!

Labriegos ¡El cura nuevo! ¡El cura nuevo!
(Van a la puerta llenos de curiosidad.)
(Salen por el foro CASQUETE y el PADRE ENRIQUE.)

Casquete Ya estamos aquí.

P. Enriq. Buenas noches nos dé Dios.

Aurora ¡Padre Enrique!

P. Enriq. ¡Doña Aurora!... ¡Jovita!... ¡Mi querido Marcial!... *(Le estrecha la mano.)*

Marcial ¿Mal viaje, padre?

P. Enriq. Regularcillo.

Jovita Cuatro leguas de mal camino.

P. Enriq. ¡Pero al fin, estoy en mi curato!

Petrilla ¡Qué joven es el señor cura!

Centenas ¡Qué lástima!

P. Enriq. ¿Lástima, de qué, buen hombre?

Centenas De que siendo tan mozo aún venga usté a encerrarse en un pueblo de mala muerte.

P. Enriq. Para el ejercicio de mi ministerio son iguales todos los pueblos, como a los ojos de Dios son iguales todos los humanos.

Centenas Es que por aquí, humanos, lo que se ice humanos, va usté a encontrar poquismos.

Casquete Hombre, habrá más aquél o menos aquél en el presonal, pero presonas semos toos.

Petrilla ¡Y que lo digas tú!

P. Enriq. Por Dios, no molesten a mi espolique, el buen Casquete.

Marcial ¿Le ha explicado a usté por qué le llaman Casquete?

P. Enriq. Sí, me ha dicho que se lo llaman porque no se ha quitado esa boina desde que ha nacido.

Casquete Y tarde será cuando me la quite.

P. Enriq. ¿Y qué hace para que le corten el pelo?

Marcial Se la ladea.

P. Enriq. ¡Originalísimo!...

Centenas Y una vez, porque se la quitó el aire, se la quiso poner con tornillos.

(Todos ríen.)

Casquete ¡Señor, caa uno es caa uno y caa uno tié sus rarezas!

P. Enriq. Di que sí.

(Adelantan el padre Enrique con doña Aurora, tía Petrilla, Jovita y Marcial y quedan atrás los labriegos, que poco a poco se van por la segunda izquierda.)

Aurora ¡Ay, no sabe usted, padre Enrique, cómo le agradezco que, cediendo a mis ruegos, haya aceptado usted este curato!

P. Enriq. Era mi obligación—¿y por qué no decirlo también?—quizá mi gusto. El caso de su hermano de usted es muy interesante. ¡Curar un alma enferma... o tratar de curar un alma enferma!... ¡Ahí es nada!

Jovita Sólo usted, con su talento y con su virtud, puede hacerlo.

P. Enriq. Calla, por Dios, criatura. Ni talento ni virtud, no seamos soberbios. Fe y esperanza son las alas del espíritu.

Marcial La coincidencia de tener usted la casa rectoral dentro de las lindes de esta finca ofrece a

usted un contacto inmediato con mi tío, que puede facilitar su misión.

P. Enriq. Que la facilitará sin duda, y ardo ya en deseos de saludar y conocer a mi asendereado y triste caballero. ¿Podrían notificarle mi llegada?

Aurora Voy a decirle que salga a saludar a usted.

P. Enriq. Lo espero impaciente.

Jovita Pocas palabras podrá usted sacarle del cuerpo.

P. Enriq. Ya veremos.

Aurora *(Abriendo la puerta primera izquierda.)* Pedro... Pedro... Haz el favor de salir un minuto, que ha llegado el señor cura nuevo y quiere saludarte. *(Pausa.)* Ya sale. *(A don Pedro, que sale por la primera izquierda.)* Pedro, te presento al señor cura nuevo, al padre Enrique.

D. Pedro ¡Señor mío! *(Secamente y sin mirarle.)*

Aurora Padre Enrique, mi hermano, dueño de esta casa y señor de estas tierras.

P. Enriq. Tenía vivísimos deseos de conocer a usted, mi señor don Pedro.

D. Pedro Gracias.

P. Enriq. Una fraternal amistad me une a su hermana de usted y a sus sobrinos desde hace tiempo.

D. Pedro Ya me han dicho...

P. Enriq. Y deseo que esta amistad se prolongue y perdure en nosotros.

D. Pedro Así será.

Aurora Pues nada, ya que os dejo tan buenos amigos, con tu permiso vamos a cenar, que hemos de ir a la velada del Casino, como sabes...

D. Pedro Como os plazca.

Jovita Adiós, tíito... ¡Que lo quieras mucho al padre Enrique!

Marcial Hasta luego, tío; que charléis mucho.

D. Pedro Adiós.

(Quedan solos don Pedro y el padre Enrique. Se miran, el padre Enrique sonríe; don Pedro permanece mudo e imperturbable. El padre Enrique hace esfuerzos para empezar una conversación que no le sale: da muestras de abatimiento. Saca el pañuelo, se limpia el sudor, vuelve a sonreir. Don Pedro sigue impasible, y al fin, deseando poner término a

esta situación, alarga la mano al cura.)

P. Enriq. ¡Vaya!...

D. Pedro Pues... eee... que tenga usted muy buenas noches.

P. Enriq. ¿Pero... pero se retira usted tan pronto?

D. Pedro Me precisa terminar algunos trabajos y ello me obliga.

P. Enriq. Caramba, mi señor don Pedro, pues defrauda usted uno de mis más fervientes deseos.

D. Pedro ¿Pues?

P. Enriq. Sí... porque yo pretendía adquirir de usted algunas pequeñas noticias que me informasen respecto a ciertos pormenores de este curato.

D. Pedro Mi hermana satisfará a usted cumplidamente. *(Acción de irse.)*

P. Enriq. Sí... pero... vamos, hay ciertas cosas que si usted fuera tan amable...

D. Pedro No creo indispensable que sea yo.

P. Enriq. *(Poniéndose ante él.)* Sin embargo...

D. Pedro *(Se detiene y le mira fijamente. Pausa. Luego dice.)* La insistencia de usted, señor mío, me dice claramente que está usted resuelto a entablar una conversación conmigo a todo trance. ¿No es eso?

P. Enriq. *(Un poco corrido.)* ¡A todo trance precisamente!...

P. Enriq. Y esto me da a entender, como sospechaba, que ni la venida de usted a este curato es una cosa casual, ni su afán de hablarme una curiosidad informativa.

P. Enriq. ¿Sospecha usted, acaso?...

D. Pedro Veo en todo ello la mano de mi hermana.

P. Enriq. Es usted excesivamente suspicaz.

D. Pedro Con sobrado motivo. Y si ello es así y trae usted la misión de trastocar mi vida y usted está decidido a tal empresa, empiece y abreviemos, *(Se sienta.)* usted tiene la palabra.

P. Enriq. Agradezco su deferencia y uso de ella, principalmente para asegurar a usted que no me trajo a esta parroquia intención determinada; lo que hay, mi señor y amigo, es que al informarme, en uso de una legítima curiosidad, de las personas distinguidas que pertenecen a mi feligresía, me hablaron de usted, de su retraimiento, de su áspera vida, y todo esto, ¿por qué ocultarlo?, me produjo una gran amargura y un gran deseo.

D. Pedro ¿Cuál?

P. Enriq. El de acercarme a usted, en uso de mi sagrado ministerio, «Consolar al triste», por si mi asistencia espiritual podía servirle de algo en sus aflicciones. Esto es todo.

D. Pedro Agradezco a usted su buena intención, pero de nada puede servirme; hay penas tan hondas en el alma de algunos hombres, que lo mejor es pasar ante ellas con respeto, sin tratar de conocerlas ni tener la pretensión de aliviarlas; porque son incurables.

P. Enriq. ¿Ha dicho usted penas incurables?

D. Pedro Penas incurables he dicho.

P. Enriq. ¿Y qué es eso de incurables, quiere usted explicármelo?

D. Pedro ¿Lo ignora usted acaso?

P. Enriq. Lo desconozco en absoluto.

D. Pedro ¿Pues de qué mundo viene usted? ¿Qué vida ha vivido?

P. Enriq. Vengo del mundo de los hombres y he vivido una vida de miseria y de dolor.

D. Pedro ¡Entonces!

P. Enriq. Pero es que yo en esa vida y en ese mundo he visto que el que soporta humildemente un sufrimiento que Dios le envía, no tiene penas incurables, tiene un dolor resignado que lleva en sí mismo la esperanza de días mejores. Hablar de penas incurables es sentir la soberbia del dolor y creerse víctima de un dolor inconsolable es desconocer la piedad divina y negarla.

D. Pedro No me abrume usted con sutilezas teológicas.

P. Enriq. No me hace falta. Me bastan ejemplos más sencillos, mi propia vida. Yo, desde muy pequeño, mi señor don Pedro, me crié en la escasez y en la humildad. Hijo de unos pobres labradores, crecí en unión de otros tres hermanos, viendo hundirse mi casa en la ruina. Durante esta lucha con la adversidad, sucumbió mi madre; el dolor invalidó a mi padre para el rudo trabajo, y la miseria se hizo dueña de nuestro hogar. ¡Qué horas de dolor, de amargura y de hambre!... Parecía todo perdido en aquella cerrazón del infortunio; pero allí estaban mi fe y mi esperanza... y resignado y valeroso, acabé mis estudios de li-

mosna, y protegí a mis hermanos; uno es artista, otro militar, otro labrador; y vi al fin que sobre mis hombros débiles se levantaba de nuevo mi casa. Triunfé porque creo que un noble ideal perseguido con el corazón levantado y el propósito firme se logra siempre. Yo logré el mío. Luché con el dolor, vencí al infortunio, y hoy, con una conciencia limpia y humilde, como esta sotana que visto, canto alegre una copla cuando se tercia, apuro un jarro, cavo mi huerta con la azada y consagro a Dios, ofreciéndole una vida clara y sencilla, porque no sintió jamás la amargura siniestra, rencorosa, de las penas incurables. Y yo he querido ofrecer a usted, señor don Pedro, el ejemplo de mi vida, por si le aprovecha para la suya. Es cuanto me proponía.

D. Pedro Dichoso usted que volvió a ser feliz. Yo ya no podré serlo. ¿Cómo?

P. Enriq. ¡Quién sabe de qué medios se vale Dios! Crea, espere y triunfará.

D. Pedro Usted es un hombre bueno; yo un hombre desgraciado. Es todo lo que acaban de demostrar sus palabras. Pero...

P. Enriq. ¿Pero qué?

D. Pedro *(Se levanta.)* Deme usted un abrazo *(Le abraza.)* Es el primero que doy a un semejante desde hace muchos años. Buenas noches. *(Vase.)*

P. Enriq. ¡Un alma que puede volver a Dios! ¡Loado sea!

(Por el foro salen CASQUETE y TOMASIN.)

Casquete Señor cura...

P. Enriq. Dime, querido Casquete...

Casquete Pues que aquí está Tomasín.

Tomasín Pa servirle.

P. Enriq. ¿Y quién es este personaje?

Casquete Pues un chico ciego...

Tomasín Pa servir a usté.

Casquete Que toca bastante mal el acordión, aunque le esté feo el decirlo.

Tomasín Diga usté que no tanto como ellos ponderan, señor cura.

P. Enriq. ¿Eres músico?

Tomasín Quería serlo, pero un mal me privó de la vista y dende entonces empecé a enrear en el acordión...

P. Enriq. ¡Pobrecillo!

Tomasín En el pueblo no quién que toque, porque icen que les doy la lata.

Casquete ¡Como que cuando da un concierto, siempre es a beneficio el boticario, que se harta de vender cosas pa la jaqueca!

Tomasín Se burla.

P. Enriq. ¡No le hagas caso!

Tomasín *(Con amargura.)* ¡No; si se burlan todos!... Por eso yo, para tocar me voy solo donde no molesto a naide... y allí estudio y estudio; porque yo he soñao, señor cura, con tocar tan bien, tan bien, ¡que un día tocaré delante del Rey!

P. Enriq. ¿Lo has soñado?... Pues yo te lo aseguro. Un día tocarás delante del Rey y todos te oirán con respeto y con admiración.

Tomasín ¿Usté lo cree?

P. Enriq. ¡No; tú eres el que lo crees, por eso lo lograrás!

Tomasín ¿Dónde tié usté la mano? ¡Quiero besarla, señor cura!...

P. Enriq. Dios aumente tu fe.

Casquete Como toque delante del Rey, acaba en la cárcel.

P. Enriq. Bueno, ¿y qué más querías? Porque no habrás venido solamente para darme noticia de tus habilidades musicales.

Tomasín No, señor; venía porque m'ha mandao el señor Laureano, el Alcalde, pa que le preguntase si podía venir de autoridá a autoridá a saludarle a usté.

P. Enriq. Sí, hombre; que venga cuando quiera que tendré mucho gusto en conocerle.

Casquete Pos vamos a avisarle y de seguida está aquí, porque s'ha quedao en la taberna tomándose unas copas de autoridá a autoridá, con el juez monecipal, que ice que está loco de tanto juicio como tiene.

P. Enriq. Pues nada, que venga, que venga cuando guste.

Tomasín Amos avisalo.

Casquete No hace falta, que místelo ya ahí. Señó Alcalde, aquí está el señor cura.

(Entran en escena el señor LAUREANO y el SECRETARIO.)

Laureano Ceñor cura, tantismo gusto de conocele a usté.

P. Enriq. El gusto es mío, señor alcalde.

Laureano Con premiso de usté, voy a dejar esto en una silla *(El Alcalde le llama esto al Secretario, que es un joven flaco, pálido, ojeroso, desmadejado, de mirada mortecina, que más que hombre es un pelele, al que el Alcalde deja sobre una silla, donde queda como un guiñapo.)* y decile a usté dimpués, que tengo la sastifación de dale a usté la bienvenida en nombre del Ayuntamiento. *(Al Secretario, que se balancea.)* No te caigas.

P. Enriq. Muchas gracias.

Laureano Y decile a usté que aquí le vamos a dar a usté poco guerra, porque aquí too Dios cree en Dios, y muchismo más, en la Virgen de la Vega que es la de aquí.

P. Enriq. ¡Hombre!... *(Sonríe.)*

Laureano Y respetive a los santos, creemos en San Roque, que es el Patrón.

P. Enriq. ¿Y en los demás?

Laureano Hombre, como no ha habido trato, no se pue tener la mesma fe, pero a la postre, no se reniega de denguno.

P. Enriq. Menos mal.

Laureano Blasfemiar lo tengo prohibido, bajo la multa de dos pesetas en rosquillas; soy panadero. Y he ditao un bando no permitiendo en el pueblo más palabras feas que «porra» y «chínchate», y eso pa que la gente moza tuviá algún desahogo.

P. Enriq. Me parece muy justa esa tolerancia.

Laureano *(Al Secretario, que vuelve a oscilar.)* No te muevas, que te vuelcas. Toas las mejoras del pueblo me se deben a mí... luz elétrica, fuente pública, solar pa que se puedan hacer escuelas en su día y haberle puesto a la mejor calle del pueblo, que se llamaba Avenida del Gachapazo, bulevar de Guzmán el Bueno, con ojeto de honrar la memoria del descubridor de las Américas latinas u ibero americanas.

P. Enriq. Veo que tiene usted conocimientos históricos.

Laureano Y jográficos. Voy a Guadalajara sin preguntar.

P. Enriq. Extraordinario.

Laureano Y vuelvo. Pero, en fin, señor cura, una vez presentao a usté, pa darle las noticias adoque tengo que manifestarle, que el verdadero ojetivo de mi visita, es presentarle a usté a eso que traigo ahí.

P. Enriq. *(Que desde el principio de la visita está asombrado y sin dejar de mirar al Secretario.)* ¿Y qué es eso que trae usted ahí?

Laureano Pues eso, ahí donde usté lo ve, era un Secretario de Ayuntamiento; pero dende que ha entrao el Diretorio es un sauce llorón que no nos deja dormir por las noches.

P. Enriq. ¿Pues qué le pasa?

Laureano Naa, que le ha tomao un terror al Diretorio que no duerme, u si duerme, sueña a gritos: «¡Socorro, que me suman! ¡Auxilio, que me investigan!» Porque dice que si el día que venga el delegao no le cuadran los libros, que se ve en Ocaña, condenao a dos años de cadena perpetua.

P. Enriq. ¿Pero él ha cometido alguna irregularidad?

Laureano No, señor; lo único que recuerda es que cuando había consumos, pasó un kilo de chorizos sin pagar; pero, vamos, yo creo que eso no es pa molestar a nadie.

P. Enriq. Eso no es motivo para tal terror.

Laureano Eso le decía yo; pero no m'hace caso. En fin, qué miedo tendrá, que antes, cuando sumaba las cuentas del Ayuntamiento, decía: «Siete y nueve deciséis y ocho veinticuatro, pongo cuatro y llevo dos.» Bueno, pues ahora dice: «Pongo cuatro y debía llevar dos, pero me las dejo aquí no sea que venga el comisionao.» Y así no se pué vivir.

P. Enriq. Ni sumar.

Laureano Y lo malo de esto no es que se haya idiotizao solamente, como usté le vé, sino que se ha empeñao en suicidarse y no hace más que fumar puros de a veinte, beber leche, comer embutidos y leer las comedias de Pirandello.

P. Enriq. ¡Qué lástima de muchacho!... ¡Tiene una cara muy simpática!

Laureano ¡Uy, si le hubiera usté oído antes cantar «La montería», a voces solas daba gusto! En fin, señor cura, no canso más y a su grata dis-

posición. Amos, Galán; se llama Galán de apellido. *(Le pone en pie.)* Este es el señor cura nuevo. *(El Secretario hace un movimiento de hombros como diciendo: «Y a mí ¿qué?»)* Despídete de él. *(El Secretario le hace «adiós» con las manos. Vanse por el foro.)*

P. Enriq. ¡Qué caso más extraordinario!

(Salen DOÑA AURORA, JOVITA y MARCIAL por la izquierda.)

Aurora ¿Estaba usted con el señor Laureano?

P. Enriq. Un alcalde originalísimo.

Marcial Bruto; pero de una honradez abrumadora.

Jovita ¿Y qué tal la conferencia con el tío Pedro?

P. Enriq. No estoy descontento de ella. Y confío abrir de nuevo su alma al calor de los naturales afectos y disipar esas nieblas de pesimismo que lo envuelven.

Aurora No confíe demasiado.

P. Enriq. El tiempo ha de ayudarnos y Dios, sobre todo.

Jovita El lo quiera.

Marcial Y nosotros nos vamos, con permiso de usted, a la velada del Casino.

Jovita Una velada de caridad.

Marcial Con cupletista y toda la pesca.

P. Enriq. Que se diviertan en ella. Yo les acompaño hasta la casa rectoral. Voy a ver si llegaron mis bárculos.

Aurora Vamos. *(Hacen mutis por el foro.)*

(JUANON y PETRILLA salen por la izquierda como regañando.)

Petrilla Pos yo te igo que al amo no l'has de ver.

Juanón Pos yo le igo a usté que le veo y le veo.

Petrilla Pos no lo verás, que no ha de salir.

Juanón Pos yo le pegaré fuego a la casa y él verá si le conviene quease drento.

Petrilla ¿Es que vienes aquí de jaque, Juanón?

Juanón De lo que se necesita pa pedir josticia.

Petrilla ¿A qué la llamas tú josticia?

Juanón A que caa uno tenga lo suyo. Que salga el amo.

Petrilla ¡Pos no ha e salir, y no y no!... Que tú con esa valentonería más paeces bandido que asalta una casa que criao de ella.

Juanón No me se da de lo que paezga. A lo que vengo, vengo. Que salga el amo.

Petrilla Pos no sale.

Juanón Pos me oirá.

Petrilla Pos no te oirá.

Juanón Ya lo veremos. *(Da dos porrazos formidables sobre la mesa con una tranca.)* A ver si esto se oye.

D. Pedro *(Abre la puerta y aparece rápidamente en escena. En tono colérico.)* ¿Qué quieres tú?

Juanón Hablale a usté.

D. Pedro ¿Y es esa manera?...

Juanón Cuando no hay otra...

D. Pedro En mi casa las maneras las impongo yo.

Juanón Y donde yo me gano la vida, yo pido lo que me haga falta pa ella, como sea.

D. Pedro Más respeto o vas a la calle.

Juanón ¿Yo a la calle? Cuando no me quiero ir me llevo por delante al que me echa sin razón. No lo olvide usté.

D. Pedro *(Exaltado.)* ¡Retírate, Petrilla!

Petrilla *(Suplicante.)* ¡Por Dios, señor!

D. Pedro Retírate y cierra.

Petrilla Pero...

D. Pedro *(Imperativo.)* ¡Basta, déjanos solos! *(La obliga a salir. Después cierra las puertas.)* A ver este matón. ¿Qué pretendes de mí?

Juanón Que me haga osté jostícia.

D. Pedro ¿Qué idea tienes de eso?

Juanón Que de la tierra de osté que trabajamos nosotros, gane usté un poco menos y nosotros un poco más, pa que no sea usté tan rico ni nosotros tan pobres, que hasta el pan nos falta.

D. Pedro Si no te conviene mi salario, otro amo.

Juanón El salario no me conviene. Otro amo me dirá lo mesmo, que cambiara, y no quió cambiar. Caa uno que l'obligue al amo que tenga. Mi pendencia con usté ha e ser.

D. Pedro ¿Y le llamas pedir justicia a tus insolencias?

Juanón Con un hombre duro como usté no sirven blanduras; que si usté fuá humilde, yo lo sería, que por mí si me da usté la metá e los frutos de la tierra que labro, en paz hemos de vivir. Eso es lo que quiero.

D. Pedro ¿Y eso vienes a imponerlo por la fuerza?

Juanón Por la josticia.

D. Pedro ¡A la calle en seguida! *(Abre la puerta.)*

Juanón Repare usté...

D. Pedro ¡A la calle!

Juanón Piense usté lo que hace.

D. Pedro ¡A la calle o te echo a latigazos!

Juanón ¿A mí como un esclavo?... ¡Atrévase usté! *(Enarbola un garrote.)*

D. Pedro *(Saca una pistola y le apunta.)* ¡Si me amenazas, te levanto la tapa de los sesos!

Juanón Está bien. M'ha cogío usté la ación, pero s'acordará usté de esta noche. ¡Por éstas!

D. Pedro ¡A la calle!...

(Vase Juanón. Don Pedro cierra. Sale PETRILLA.)

Petrilla ¿Se fué?

D. Pedro Se fué.

Petrilla ¡Por Dios, Pedro; he sabío que no es él solo!... Viene hablando por muchos.

D. Pedro Cuantos vengan saldrán lo mismo.

Petrilla Piensa si no tendrán una meája e razón, que tú cegao con tus penas no reparas en la vida...

D. Pedro ¿Vas a culparme tú también?

Petrilla ¡Dios me libre, pobre de mí!... ¡Avertencias de cariño son las mías!...

(Se escucha un tumulto exterior que se va aproximando.)

D. Pedro ¡Calla!... *(Escuchando.)* ¿Qué tumulto es ese?

Casquete *(Entrando.)* ¡Buena s'ha armao!

D. Pedro ¿Qué sucede?

Petrilla ¿C'ha sío?

Casquete Una bronca tremendisma de palos y gofetás, que s'ha armao en el Casino.

D. Pedro ¿Por qué?

Casquete He sentío de icir que too ha sío por la cupletera.

Petrilla ¡Si esas mujeres no traen más que siniestros!

(El jaleo crece y se acerca.)

Jovita *(Entra desolada y corriendo.)* ¡Tío! ¡Tío!

Aurora *(Lo mismo.)* ¡Pedro! ¡Pedro!

D. Pedro ¿Qué pasa?

Jovita En el Casino que se ha armao un jaleo espantoso.

Aurora ¡Por culpa de Marcial! Ese chico, haciendo siempre el Quijote.

D. Pedro ¡Pero hablad!... ¿Qué fué?

Jovita Pues nada, que la velada transcurría tranquilamente, hasta que salió la cupletista.

Aurora Una desventurada sin pizca de gracia.

Jovita Entonces los mozos empezaron a gastar bromas soeces a la infeliz.

Aurora Y Marcial tomó su defensa e insultó a los mozos.

Jovita Uno le desafió. Marcial le dió una bofetada...

Aurora A todo esto seguían increpando a la artista... que se defendía indignada. Iban a agredirla...

Jovita Y Marcial se interpuso esgrimiendo una banqueta, repartiendo golpes a diestro y siniestro y sacando en volandas a la pobre mujer de entre tanto cafre.

Aurora ¡Van a matar a ese hijo!

(Crece el tumulto más todavía. Gritos, imprecaciones. Suenan dos disparos.)

D. Pedro *(Gritando desde la puerta.)* ¡Marcial, Marcial!... ¡Pronto!

(Aparece en la puerta MARCIAL con MARTA casi a cuestas. En la mano empuña el revólver. Ella y él traen las ropas materialmente hechas jirones. Una vez en la puerta Marcial da un empujón brusco a Marta, obligándola a entrar en escena.)

Marcial ¡Entre usted ahí!... *(La empuja.)*

Marta *(Cayendo a los pies de don Pedro.)* ¡Socorro!... ¡Piedad! ¡Piedad!

D. Pedro ¡No tema, no!

Marcial *(Al pueblo.)* ¡Canallas! ¡Miserables! ¡Cobardes!

D. Pedro ¡Cerrad la puerta!

P. Enriq. Dejadme entrar a mí. *(Entra y cierra.)*

Petrilla *(Dando a Marta un vaso de agua.)* Beba usté.

D. Pedro Tranquilícese.

Marcial Aquí no corre el menor riesgo.

D. Pedro Y no saldrá de esta casa hasta que haya desaparecido para usted todo peligro.

Marta Gracias, señor; muchas gracias.

D. Pedro Petrilla, prepara una habitación de arriba para esta señora.

Aurora ¿Pero pretendes que se aloje aquí?

D. Pedro Por lo menos, hasta que llegue el día y pueda salir confiada.

Aurora ¡Pedro, que es una cupletista!

D. Pedro Es una mujer. No sé más.

Marcial ¡Mamá!...

Marta Soy una mujer, una mujer humilde y triste,

pero quiero decir a usted que, aunque me ha visto entrar en esta casa arrastrándome por el suelo, puedo levantar mi frente para proclamar que soy una mujer honrada.

P. Enriq. ¡Señora, no diga usted quién sea! Cuando la caridad abre la puerta, el preguntar al que llega es ofenderse a sí mismo.

Laureano *(Entrando.)* Señor Pedro.

D. Pedro ¿Qué hay?

Laureano Sabrá usté que su sobrino ha escalabrao a tres o cuatro.

D. Pedro ¿Y qué?

Laureano Que, como alcalde, me veo en la dura necesidá de detenerlo.

D. Pedro Pues para el agresor, que en mi propia casa queda detenido, la justicia del juez mañana; *(Estrecha la mano a Marcial.)* pero hoy mi mano de hombre.—*(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de noche.

Petrilla *(A Casquete, que próximo a la primera derecha, escucha lo que están hablando dentro de la habitación.)* ¡Que te digo que te desapartes de ahí, Casquete!

Casquete ¡Cuidiao que es usté machacona!

Petrilla Es que estoy viendo que salen, te ven y van a figurarse que t'has puesto tan junto a la puerta pa escuchar lo que hablan drento.

Casquete Pos mu mal figurao, si se lo figuran, que yo me he puesto ahí al güen tún tun; claro que si adrento icen una palabra más alta que otra y yo la oigo, pos la oigo, que yo no puedo remedialo, que yo no llevo los óídos con tapaera...

Petrilla Pus es que no debe uno de ponerse ande puea escuchar lo que no le importa.

Casquete Eso que ice usté es como lo que ice mi novia... que siempre está: «No te pongas ahí Casquete, que me ves las piernas», y es lo que yo le contesto: «Tú lo que ties que procurar es que mi ponga ande mi ponga, no te las vea; que uno se pone ande le conviene... y echa uno sus miraillas, y si ve uno algo de güeno, pues no lo va a esperdiciar... ¡A ver!»

Petrilla ¡Pos ten cuidiao, que ya le he sentío de icir al padre de tu novia que tú paeces un tonto, pero que el día que te pille en su casa, te rompe la caeza!

Casquete ¡Sí, pero es que yo, aunque paezco tonto, no me meto en casa; la cortejo en las afueras!

Petrilla ¡Ya estás tú güeno de pelar!...

Casquete ¡De pelar con deficultá!... Pero, calle usté, que paece que ahora hablan más recio y quizás que coja...

(Se pone a escuchar de manera que aun estando cerca de la puerta no ve al señor LAUREANO, que sale por la primera derecha.)

Laureano *(Dándole un cogotazo.)* ¡Pero cuidiao que eres curioso, d'orejas pa arriba, hombre!

Casquete ¡Rediez! *(Porque le ha dolido el cogotazo.)*

Petrilla ¡M'alegro!... Le estaba iciendo miá que te van a sosprender.

Casquete ¡Pero no m'ha dicho usté que me iban a atizar!

Laureano El mamporro es imprevisto, Casquete.

Casquete Pos misté, señor Lauriano, ¿ve usté la manguzá que m'ha dao usté, que ha sío de costipao de pavo?—que no soy tan sucio como usté se fegura—, pues cuatrocientas cien mil más me dejaba dar con tal de haber escuchao lo que pasa ahí drento, que tengo una curiosidá que me recome, ¿pa qué voy a negarlo?

Petrilla Y yo; que eso es aparte... Que una ya no es denguna chiquilla y ya no tié una cara pa ponerse a escuchar detrás de las puertas... como no tenga una la seguridá de que no puen vela... ¡Pero hoy... hoy, señor Lauriano, yo también tengo reconcomio de gana e saber lo que ha pasao!

Laureano Me lo explico. Son cosas mu grandes las que han ocurrío en esta casa, en lo que pilla de dos meses pa acá.

Casquete ¡Que si son grandes!...

Petrilla ¡De lo que se verá poco en el mundo!

Laureano Misté, tía Petrilla; yo tengo leído muchismas novelas d'esas que salen ahora que se llaman semanales, mensuales, trimestrales, casimestrales, siempre que no pasen de veinte céntimos... pos güeno, no tengo leído... cosas como las que aquí han pasao...

Casquete Y tan que se diga así ligás unas con otras.

Petrilla De primeras, ya ve usté, el mesmo día que vino el señor cura nuevo... por la noche s'arma la zarrabanda en el Casino y el señorito Marcial que mete a la cupletista en

casa pa librala de los que la venían corriendo.

Casquete En esto el amo que la ice: «Pos ya no sale usté d'aquí hasta que haiga pasao too el peligro.»

Laureano Y en esto doña Aurora, que es mu puntillera y orgullosa, pos que va y replica: «Pos si ella se queda en casa, yo no pernoto aquí.»

Casquete ¿Qué es pernoto?

Laureano Dormir.

Petrilla Que no tendría mucho sueño.

Laureano Eso igo yo, que al que l'apura el sueño, per nota ande le pille. En total, que doña Aurora se fué desgustá con su hermano a dormir en caa la registradora que antes eran primas políticas... pero que ahora, como ya no se estila lo político, no se qué serán... y al día siguiente pos doña Aurora que sale pa Madriz a despedir al hijo que se iba a Africa. En esto y ese mesmo día, vamos a la fonda y le traemos la ropa e paisano a la cupletista pa que se fuera... y cátate que no hace la mujer más que salir al portal pa marcharse...

Petrilla ¡Cuando escomienza en el pueblo el regüero de que en el camino e los Tronzones han matao a don Pedro!...

Casquete Y yo que lo siento icir, y salgo pa allá corriendo a tal correr, que le pasé al macho del procurador y al burro del señor Damián que iban allá, como el viento... y llego antes que naide. Y me veo... ¡paece que aún lo tengo en los ojos!, el amo en el suelo espatarrangao boca abajo... con toas las manos agarrotás, como queriendo agarrarse a la tierra, y llenas de sangre... y más amarillo que los panales... y el señor Nicasio el guarda que ice l'ha matao el Juanón... u al menos él lo juraría, porque le vió rondar por allí.

Laureano Y traemos a don Pedro pa acá, y dos meses el pobre luchando entre la vida y la muerte y al remate, salvao, por Dios, ante too y por los cud aos y desvelos de aquella cupletista que toos la d'spreciaban, de doña Marta, que no consintió de irse ya que su familia lo había abandonao por culpa de ella de que

lo vió medio muerto y que ha sío una hermana e la Carlá y una santa y too lo que se iga. Y hoy, pos ya lo sabís: el primer día de convaleciencia y que s'ha levantao... y nosotros que hemos traído al juez pa que golviera a tomar declaración...

Los dos ¿Y qué ha declarao?

Laureano ¡Pos lo e siempre, que no ha sío el Juanón, y que no y que no!... Y d'hai no hay quien lo saque.

Casquete ¡Pero es que el Juanón s'ha delatao a sí mesmo desapareciendo del pueblo dende aquel día!

Laureano Pos con él s'ha quedao bregando el señor cura pa que lo declare, no sé lo que habra conseguío...

P. Enriq. *(Sale por la primera derecha.)* ¡Este hombre es absolutamente irreductible!...

Laureano ¿Qué, emperrao en lo mesmo?

P. Enriq. No hay quien lo saque de su primera declaración. Que le hicieron un disparo desde detrás de unos tojos, a la caída de la tarde cuando regresaba de su paseo acostumbrado, que se acercó a ver quién le había herido, que luchó con el criminal, que no era ni por asomo el Juanón, hasta que perdió el conocimiento... y que no puede decir mas.

Laureano ¿Y por qué desapareció el Juanón del pueblo dende aquella tarde?

P. Enriq. Eso le pregunta el juez; y él dice que se habrá marchado, por cualquier otra causa, pero nunca por su culpabilidad en el crimen de que él ha sido víctima. Que su conciencia de caballero le impide hacer una acusación que sería falta a todas luces.

Casquete ¿Ha sío el Juanón?

Petrilla ¡Si le sentí yo de amenazarle la noche antes!

Laureano Está escontao; por eso no me explico yo la cabezonería a negalo. ¿Y usté qué opina de esta negativa, señor cura?

P. Enriq. No sé qué decir a usted, Laureano.

Laureano ¿No será que don Pedro, que es muy hombre, quiera tomar la justicia por su mano?

P. Enriq. Algo de eso me inquieta, y quizá me inquiete sin razón, porque don Pedro, en estos dos meses de enfermedad, ha cambiado o ha fingido cambiar de tal manera, que es otro. Yo

no sé si su lucha a brazo partido con la muerte; yo no sé si la ternura con que doña Marta, esa bendita mujer, le ha asistido día y noche; yo no sé si mis consejos, mis exhortaciones... yo no sé qué habrá sido, lo cierto es que don Pedro vuelve a la vida con una alegría, con un optimismo, con una templanza que parecían desaparecidos para siempre de su espíritu.

Laureano ¿Será too eso verdá?

P. Enriq. Aunque me maravilla, he de creer que sí. Claro que ante el prodigio, la fe mejor templada tiene un minuto de vacilación

Laureano ¡No se fíe usté!

Petrilla ¡Cudiao que es usté receloso!...

Laureano Señora, cuando uno ha sío alcalde seis años, le leen a uno el Evangelio y se escamá. Y a propósito de alcalde. Oye, Casquete, ¿tú por qué no te quitas la boina delante del señor cura?

P. Enriq. ¡Por Dios, deje usté!...

Casquete Ya le he dicho al señor cura que no me la quito porque no sé. No me la he quitao cuasi nunca y no m'apaño. Oigo misa por una ventana e la iglesia pa no quitámela.

Laureano Porque güeno está que no te la quites delante e mí, aunque soy la autoriá monecipal, porque tú lo monecipal, por lo visto, te lo tomas con paja... pero ante el señor cura...

P. Enriq. No insista, si yo le dispenso.

Tomasín *(Sale por el foro.)* ¡Güas noches nos dé Dios!

P. Enriq. ¡Hola, Tomasín! ¿De dónde vienes a estas horas?

Tomasín Pos de la Solana, que había una boda... de uno que s'ha casao con una prima suya.

Laureano ¿Un primo y se casa? ¡Dos primás!

Tomasín Y he ido a ver si querían que tocase el acordión pa que bailasen, que ahora me he deprendío un fox, que ha compuesto el boticario que también compone música, que se titula el fox-fato... y no han querío.

Laureano Naturalmente, el fox del boticario y el acordión tuyo, ¡mañana too el mundo con jaqueca!

Tomasín Está visto que no me quié oír naide, señor cura.

(Se sientan junto a la chimenea.)

P. Enriq. Ya te oirán, no lo dudes.

Tomasín Y de paso, como el camino pilla cerca, me he arrimao pa acá, a ver cómo estaba el señor Pedro, que sé que s'ha levantao hoy pol primer dia.

P. Enriq. ¡Pues está bien, a Dios gracias!... *(Se acerca también a la chimenea.)*

Tomasín *(Aparte.)* ¿Cómo podría yo dale este papelito a doña Marta?

Marta *(Sale por la primera derecha.)* ¡Tomasín!... Te he oído hablar.

Tomasín En usté estaba pensando.

Marta ¿Diste mi carta a ese señor forastero?

Tomasín En cuantito que usté me la dió.

Marta ¿Traes la respuesta?

Tomasín Un papelito m'ha dao.

Marta Dame.

Tomasín ¿No nos ve nadie?

Marta Nadie. Dámelo.

Tomasín Tome usté. *(Lo saca, se lo da y vase a la chimenea.)*

Marta *(Ojeándolo.)* ¡Lo que yo me figuraba!... *(Con amargura.)* ¡Qué miserable es este hombre!... Se informó de todo. ¡Qué golpe intentará!... ¡Yo le juro que nada ha de conseguir, aunque me cueste la vida! *(Alto a todos y disimulando su amargura.)* ¡Señores, una gran novedad! *(Con alegría.)* Sabrán ustedes que don Pedro va a venir a cenar aquí.

Petrilla ¡Qué gusto!

Marta Quiere pasar la velada fuera de su cuarto.

Laureano Que ya se va sintiendo fuertecillo.

Petrilla Le pondremos aquí un sillón.

Marta Y los almohadones. *(Lo colocan.)* Aquí, junto a la mesa.

Casquete *(Muy contento.)* ¡El amo! ¡El amo que sale!

Gabino *(Saliendo con DON PEDRO y FABIAN por la primera derecha. El último lleva unos folios en la mano.)* ¿Nada más nos quiere decir el señor don Pedro?

D Pedro Nada más, Gabino. Si más tuviera que decir, más hubiera dicho. Y dejemos ya este asunto, que nada importa a un rencor que no siento, y no vuelvas a esta casa como juez, sino como amigo, que así siempre tendré mucha alegría de recibirte.

Gabino Gracias, don Pedro.

D. Pedro *(Les da la mano.)* Y a ti lo mismo te digo, Fabián.

Fabián Se agradece.

Gabino Pues que siga usté mejorando como hasta la presente.

D. Pedro *(Les acompaña hasta la puerta.)* Muchas gracias.

Fabián Pasar buena noche.

P. Enriq. Vayan con Dios.
(Vanse por el foro.)

Petrilla *(Abrazándole.)* ¡Tú, por fin! ¡Qué alegría!

Casquete *(Muy alegre.)* ¡Y bueno y sano!

D. Pedro ¡Todavía flojillo!... *(Se sienta. Le rodean.)*

Tomasín ¡Otra vez entre nosotros!

Laureano ¡Si me paece mentira!

Petrilla ¡No lo creía yo!

P. Enriq. ¡Ni nadie!

Petrilla ¡Yo tengo una satisfacción que de buena gana le daba a usté un concierto!

Casquete ¡No has oído que aún está flojo!
(Vase Tomasín por el foro.)

D. Pedro Agradezco mucho vuestra alegría, y bien puedo decir que ahora, como nunca, me sentí cogido por la mano de la muerte.

P. Enriq. Pero aquí, doña Marta, con sus desvelos y cuidados, ha ido procurando que la muerte aflojase poco a poco hasta soltarle a usted.

Marta Por favor, no digan eso.

D Pedro ¡Cómo no!... Tiene razón el padre Enrique. A usted más que a nadie debo la vida.

Marta La debe usted a Dios y a su propia fortaleza, señor don Pedro.

D. Pedro ¿Y no han hecho nada su ternura infinita, su desvelo incansable, su fe valerosa?... ¿Y esa cara, siempre placentera en las curas terribles, y esa atención siempre vigilante en las noches de fiebre y de insomnio?

P. Enriq. Bien puede decir doña Marta que tiene virtudes de hermana de la Caridad.

D. Pedro Y aún más apreciables.

Marta *(Riendo.)* ¡Por Dios!

D. Pedro La mujer que tiene jurado un voto, cumple un deber; la que ocasionalmente se encuentra ante el dolor y le disputa una víctima con tan valiente tenacidad, realiza un acto cien veces más meritorio.

Marta Alegría me produce que en una casa donde

me ampararon tan caballerosamente quede de mí una buena memoria. Siquiera por eso, egoístamente, no insisto en sacarles de su error. ¿Creen que fuí buena enfermera?... Sea; ¡y bendita la mano providencial que me trajo a serlo, ya que el resultado ha sido tan satisfactorio! Y para completarlo, no olvidemos, tía Petrilla, que hay que preparar a don Pedro su cena frugal.

Petrilla Vamos allá. *(Vanse por la izquierda.)*

Laureano Y yo le voy a preparar a usté unos fideos a la marinera. *(Vase tras ellas.)*

P. Enriq. Bueno... ¡Pues «aleluya», mi señor don Pedro! ¿Supongo que se hallará usted íntima y profundamente satisfecho?

D. Pedro Sí, padre Enrique, la verdad. Los acontecimientos venturosos tienen hoy en mi vida una feliz coincidencia, y no sólo estoy alegre por mi franco restablecimiento, sino por las gratas noticias que recibí de Africa.

P. Enriq. Ya, ya... ¿Ha visto usted, Marcial?... ¡Se nos hizo un héroe!

D. Pedro Como que me anuncia mi hermana que se ha abierto juicio contradictorio para concederle la laureada.

P. Enriq. Es un muchacho valeroso, noble, lleno de entusiasmo. ¿Ve usted cómo todos los ideales perseguidos con fe tienen un fin glorioso?

D. Pedro Se lo merece el muchacho... La herida fué gravísima, la hazaña heroica. Dice mi hermana que vendrá aquí a convalecer. ¡Tengo gana de estrecharlo en mis brazos!... ¡Oh, siento una alegría infinita!... ¡Se desprende de mi alma una efusión tan cordial hacia todo y hacia todos!... ¡Qué distinto soy del que era!... Permita usted que le estreche la mano, porque esta resurrección a la alegría y al afecto de los hombres se la debo a usted, a usted solamente, padre Enrique. *(Le da la mano.)*

P. Enriq. ¿Cree usted eso?

D. Pedro ¿Cómo no?

P. Enriq. ¿Cree usted sinceramente lo que dice, mi señor don Pedro?

D. Pedro ¿Duda usted acaso?

P. Enriq. No dudo; estoy cierto de que no soy yo la

causa única de su alegría... Nada de mentirillas.

D. Pedro ¡Padre!

P. Enriq. ¿No será tal vez que empiezan a renacer en su alma extinguidas ilusiones?

D. Pedro ¿Qué quiere usted decir?

P. Enriq. Hábleme francamente. ¿Toda esa claridad que ha disipado las tinieblas de su espíritu no será el fulgor de un afecto naciente?

D. Pedro ¡No, por Dios! No negaré a usted que una viva simpatía ...pero de eso a... ¡Ella! ¡Silencio ahora!

P. Enriq. *(Aparte.)* Es preciso que esa mujer, por su propio decoro, salga de esta casa cuanto antes.

Laureano *(Saliendo.)* Se m'han pegao los fideos.

Marta *(Saliendo con la tía PETRILLA y llevando platos y manteles.)* Aquí traemos a usted una pechuguita de pollo y un tazón de café con leche.

D. Pedro Bien sencillo refrigerio.

(Petrilla pone la mesa.)

Marta Confeccionado por la tía Petrilla. No quiero responsabilidades por la sobriedad.

P. Enriq. Poco a poco hila la vieja el copo.

Petrilla Eso, eso.

D. Pedro Sí, pero no abusen que me siento con buen apetito y pronto voy a declararme en rebeldía.

Petrilla Siéntate y cena lo que traemos, que ya sabes de toa la vida que el que va espacio, lejos llega.

D. Pedro *(Sentándose.)* ¿Ustedes gustan?

P. Enriq. Buen provecho.

(Marta se sienta a hacer punto de tricot.)

P. Enriq. ¿Y qué se miente por el pueblo, Laureano?

Laureano Pos que la gente está indiná, aquí, con don Pedro.

D. Pedro ¿Conmigo?

Laureano Sí, señor, yo soy franco; por lo del Juanón, que icen que ha debío usté entregalo a la josticia.

D. Pedro Nadie tiene derecho a penetrar en mi conciencia.

Laureano Pero vaya usté a tapar bocas. Y unos dicen que lo ha hecho usté por su meaja e temor...

D. Pedro ¿Temor yo?... ¡Pobre gente!

Laureano Y otros, pues, que icen...

D. Pedro ¿Qué dicen?

Laureano Pos que... que es que quié usté tomarse la josticia por su mano, la verdá.

P. Enriq. ¿Lo oye? Ya se lo advertí.

Laureano Y lo cierto es... amos, yo no quisiera...

D. Pedro ¿Lo cierto es que?...

Laureano Lo sentiría...

D. Pedro Dilo claro.

Laureano Por que le han io al Juanón con el cuento de que usté lo quié buscar de hombre a hombre... y... vamos...

P. Enriq. ¿Qué?...

Laureano Yo no quisiera...

P. Enriq. ¡Diga lo que sea, por Dios!

Laureano Pos que hay quien asegura que esta tarde al escurecer s'ha visto al Juanón a la entrá el pueblo.

Marta ¡Jesús!

Petrilla ¿Es posible?

P. Enriq. ¿Oye, don Pedro?

D. Pedro ¿Y qué más dá?

Marta ¿Pero está seguro?

Laureano Me lo ha asegurao el tío Rucho que lo ha visto con sus ojos, con el cuchillo e monte a la cintura y el retaco y la canana; estaba a cien pasos del pueblo, en el ventorro e Pinares.

Petrilla ¡Madre e Dios! Ese creminal aquí.

Laureano Yo que ustés, esta noche atrancaba la puerta.

Petrilla Eso voy a hacer.

Laureano Pero cuando yo me haiga ido.

Petrilla Pos váyase usté de seguida: hale.

Marta Yo voy a cerrar la ventana.

D. Pedro *(Deteniéndola.)* Déjelo todo como esté y no se preocupe, Marta.

Laureano Buás noches. *(Vase por el foro.)*

P. Enriq. Y yo también les dejo, con el permiso de usted.

D. Pedro Que usted descanse, padre Enrique.

P. Enriq. Y como a nadie esperan, nada pierden con cerrar puertas y ventanas. Queden con Dios.

Marta Buenas noches, señor cura.

Petrilla Hasta mañana. *(Cierra la puerta.)*

Marta Cierre también la ventana.

D. Pedro ¡Por Dios, qué temor pueril! Déjenlo todo como está, he dicho.

Petrilla ¿Pero no comprendes, Pedro, que si viene cualquier mal intencionao... por esa ventana?...

D. Pedro Anda, si tienes miedo.

Petrilla De confiarse pasan las cosas. *(Hace mutis por la izquierda.)*

D. Pedro *(Al ver que queda Marta.)* ¿Y usted, Marta, no se va? ¿No tiene miedo?

Marta De tenerle, le tendría por usted. ¿A mí, para qué querrá nadie hacerme daño?

D. Pedro ¿Tan insignificante se cree?

Marta Tan desgraciada.

D. Pedro *(Sonriendo.)* ¡Bah, bah!... No se hable de desgracia en un día tan feliz para mi.

Marta Pues no sabe usted con cuánta pena he de decirle que me quedé aquí de propósito, porque quiero esta misma noche decir a usted algo para mí bien triste.

D. Pedro ¡Caramba!... ¿Y qué es ello?... ¡Me asusta usted!

Marta *(Sonriendo tristemente.)* ¡Por Dios, no vale la pena!

D. Pedro Diga, diga...

Marta *(Con trabajo.)* Pues mañana, don Pedro... No sabe usted con cuánto dolor se lo digo...

D. Pedro ¿Mañana, qué?... Acabe.

Marta Que mañana pienso dejar para siempre esta casa.

D. Pedro *(Con dolorosa sorpresa.)* ¿Eh?... *(Pausa.)*

Marta Es preciso que me vaya.

D. Pedro *(Con honda y sincera amargura.)* ¿Irse usted de aquí, Marta?

Marta ¿No ha pensado nunca que tendría que llegar este momento?

D. Pedro *(Profundamente preocupado.)* Lo que no se quiere que llegue, no se piensa jamás.

Marta Hágase cargo... usted, un hombre sólo... mi situación aquí... la maledicencia... Mientras usted estaba enfermo el interés y la gratitud, podían, en cierto modo, justificar mi estancia en esta casa, pero terminado, por fortuna, el motivo... Comprenda usted...

D. Pedro *(Perplejo por la sorpresa.)* Sí, bien... pero, ¿por qué tan pronto?

Marta Además, su familia le anuncia el regreso

para que su sobrino convalezca aquí de sus heridas... ¿Cómo podría yo justificar ante ellos?... Es preciso, es preciso. Medítelo usted.

D Pedro Sí, quizá sea preciso; no lo niego... el mundo... la gente... pero noto en usted una impaciencia por abandonarme...

Marta ¿Impaciencia?... *(Con amargura.)* No sea injusto. A pesar del recuerdo doloroso de sus sufrimientos, toda la vida conservaré de esta casa una memoria tan honda y tan dulce... Donde una mujer ha podido ser buena, quisiera estar siempre. En esta casa he sentido yo la paz y la gratitud. ¿Cómo querer abandonarla? ¿Qué haré yo ahora en el mundo?... ¡Considere usted!... Rodar... sufrir... sentirme humillada por la impiedad de un arte que interpreto malamente, porque sólo vine a él por huir de la miseria. ¡Y luego todos, creyéndome mujer de fácil conquista!... Imagine, al sentirse defraudados, las humillaciones, las vergüenzas que habré de soportar por esos pueblos...

D. Pedro ¡Qué desdicha!... ¿Y cómo no procura retardar siquiera unos días?...

Marta No puedo, no puedo...

D. Pedro La semana que viene...

Marta Mañana ha de ser.

D. Pedro ¿Y por qué mañana?... Esta perentoriedad, cierta confusión que noto en su actitud, me dicen que para salir tan precipitadamente de esta casa, tiene usted un motivo que oculta, Marta.

Marta *(Vacilante.)* No lo crea.

D Pedro ¡Cómo no!... Y si usted quiere corresponder a un afecto tierno y profundo, que yo, respetuosamente, noblemente la profeso, no se vaya de aquí sin premiarlo, al menos, con una noble sinceridad. ¿Qué motivo es ese?

Marta Pues bien, sí; he de irme mañana mismo. Alguien que tiene derecho me lo exige.

D. Pedro *(Dolorosamente contrariado.)* ¿Luego no es usted libre?

Marta *(Bajando los ojos.)* Desgraciadamente, no; no lo soy.

D. Pedro ¿Es usted casada, tal vez?

Marta ¡Oh, no; si no se lo habría dicho!

D. Pedro ¡Ya!...

Marta *(Avergonzada.)* Tengo una hija. Y su padre, que es un miserable, la retiene conociendo el loco cariño que por ella siento, para explotarme inicuamente.

D. Pedro ¿Y ese hombre?...

Marta Está aquí desde ayer. Se enteró de todo y me exige que salga de esta casa, que vuelva a mi oficio. Necesita que yo gane dinero. Lea usted su carta. *(Se la da.)*

D. Pedro *(Lee.)* Este hombre es un malvado... *(Sigue leyendo.)* Cree adivinar en su estancia aquí una vileza que apunta insidiosamente... *(Lee más.)* Sí... Y quizá lo que menos quiere es que salga usted de este pueblo... *(Acaba de leer.)*

Marta Pues en la carta dice...

D. Pedro En la carta, *(Se la entrega.)* aunque hay muchas palabras, no dice más que una cosa, ¡una sola!, que soy un hombre rico, inmensamente rico. La he leído mejor que usted.

Marta ¿Ha adivinado su villanía?

D. Pedro Por fortuna y tengo mi plan.

Marta ¡Por Dios!... ¿Qué intenta usted?

D. Pedro Tranquilícese. No tardará en saberlo. Pero antes escuche.

Marta Diga cuanto quiera.

D. Pedro Marta, cuando usted me conoció, la desdicha de un gran amor me tenía hundido en el más negro pesimismo. Un hombre bueno y justo me habló con palabras de fe y de aliento y aquel mismo día, como por acaso providencial, un accidente, la arrojaba a usted—tan buena y tan bella—a la puerta de mi casa como un desperdicio de la vida. En las horas de dolor que siguieron a estos instantes, he podido ver toda la extensión de su bondad y me ha parecido que Dios, harto de sus rigores, me enviaba en usted un signo de redención y de esperanza; pues bien, yo esta felicidad no la pierdo y he de disputársela a la vida minuto a minuto.

Marta ¡Don Pedro!

D. Pedro Se lo juro a usted. Yo no sé qué sentimientos le habré inspirado, pero si no son de absoluto desdén...

Marta ¡Oh, no!

D. Pedro Pues entonces confíe en mí. Yo, que como hombre libre, tengo expeditos todos los caminos—dentro de la corrección—, para hablarla a usted, no escojo más que uno, el que usted merece por buena y por desgraciada: el del respeto y el del honor.

Marta Sí, sí, en usted me amparo

D. Pedro Entonces suspenda su resolución por unas horas. Ya le dije que tengo mi plan.

Marta ¿Y cuál es?

D. Pedro Librarla de ese hombre que la explota y restituirle su hija, para que usted, ya libre, pueda vivir una vida de paz y de decoro. *(Llama.)* Casquete... Casquete.

Casquete *(Saliendo.)* Señor amo.

D. Pedro Vete a la posada del Sol, pregunta por un forastero que se llama don Ismael y díle que venga contigo, que debo hablarle.

Marta ¡Por Dios, don Pedro! ¡Que es un malvado! ¡Usted no le conoce!

D. Pedro Esté tranquila y vaya adentro que usted todavía ha de cenar y la tía Petrilla, con hambre, pierde la paciencia. A lo que te he dicho. *(Vase Casquete y cierra. Don Pedro abre la puerta.)* Pase usted. *(Pasa Marta.)* ¡No he de perderla sino con la vida! Creamos un poco al padre Enrique: «Todos los ideales perseguidos con fe tienen un fin glorioso»... Me avistaré con ese hombre. Veremos qué dice. Mientras, voy a escribir a mi hermana y a mi sobrino. *(Se sienta. Saca papel y comienza a escribir.)*

(Lentamente se abre la ventana y aparece en ella el JUANON, que mira al interior de la estancia con ojos inquisitivos. Lleva un retaco, canana y cuchillo al cinto. Procurando no hacer ruido, abre y mira a don Pedro.)

Juanón *(Aparte.)* ¡Don Pedro!... ¡Solo!... Güena ocasión. ¡Amos a ver si es verdá lo que icen! *(Entra lo más silenciosamente que pueda, pero de todos modos, algún ruido advierte a don Pedro su presencia, porque se levanta sobresaltado.)*

D Pedro ¿Eh?... ¡Juanón! *(Con el natural asombro.)*

Juanón *(Saltando dentro.)* ¡Yo mesmo!...

D. Pedro ¿Pero por qué entras así? *(Reponiéndose.)*

Juanón Por la puerta hub'ese tenío que llamar y pa

lo que yo vengo, con que usté me oiga, es bastante.

D. Pedro Habla. Y di con tiento lo que sea que estoy prevenido.

Juanón No vengo yo escuidao. *(Pausa.)* Don Pedro, se la debo a usté. Jugamos una partía y usté perdió.

D. Pedro No fué muy legal el juego por tu parte.

Juanón Tié usté razón. Los probes tenemos esa esgracia, que la metá de las veces no podemos ni ser valientes.

D. Pedro Eso poco trabajo cuesta.

Juanón Según y cómo, que un rico da un golpe y sale adelante con too, pero un probe cae en la cárcel y allí s'acaba. ¡Y si uno tié hijos!...

D. Pedro Bien, bien... Ahórrate preámbulos. ¿A qué vienes a mi casa?

Juanón Le he dicho a usté al prencipio que se la debo y vengo a pagársela.

D. Pedro ¿Qué quiere decir eso?

Juanón Que ha llegao a mis oídos que usté no me delata a la josticia porque quié usté venir a buscarme de hombre a hombre; y como ustés, los señores, siempre están mu ocupaos, yo le ahorro el viaje y vengo a rematar este negocio y a decile a usté que aquí me tiene. Pué usté cobrase e mí, aquí, fuera d'aquí, como usté quiera y ande quiera.

D. Pedro *(Sonriendo.)* ¡Tú siempre jaque!

Juanón Yo lo que hago es que no ando huído más tiempo con el temor de que usté me delate hoy u mañana. O usté me delata en seguida u usté me ice a mí por qué no me delata

D. Pedro Pues voy a satisfacerte

Juanón Mejor será

D. Pedro ¿Tú cómo me crees a mí, Juanón, valiente o cobarde?

Juanón Valiente siempre. Caa uno cree a los demás como él es.

D. Pedro Pues ahora es cuando vamos a entendernos. Tú me heriste, Juanón.

Juanón Es la verdá.

D. Pedro Por tu culpa estuve a punto de morir. Pues bien, no te he delatado, porque no te guardo rencor. Te lo juro.

Juanón *(Con una mezcla de duda y asombro.)* ¡Don Pedro!

D. Pedro Tu mal me hizo un gran bien, porque despertó mi conciencia dormida. Tú viniste un día a pedir un poco más de pan para tus hijos

Juanón Así fué.

D. Pedro Yo, enfurecido por mi dolor, no quise atenderte No quería oir a los que padecían a mi lado. ¡Sufría yo! ¿Pues qué me importaba a mí el sufrimiento ajeno? Y de esa gran injusticia que yo cometía me sacaste tú; de un modo bárbaro y sangriento, pero me sacaste tú. Eso tengo que agradecerte.

Juanón Don Pedro, yo no sé si eso que usté dice...

D. Pedro Tenías tú razón. No puede a mí sobrarme el trigo y que falte el pan a mis labriegos, que ven caer a sus hijos muertos de miseria sobre la misma tierra que cultivan

Juanón Ese es mi pensar...

D. Pedro Sí, Juan, sí... Tú decías la verdad, y el que nos dice una verdad ilumina nuestro espíritu. Tú cometiste conmigo una traición, pero yo había cometido antes una maldad. Estamos en paz. Tendrás el pedazo de tierra que deseas.

Juanón *(Asombrado.)* ¿Eh?

D. Pedro Trabajarás en él y sus frutos serán tuyos y míos porque la tierra tendrá el aliento de mi amor y la fuerza de tu trabajo y producirá más, porque nosotros nos querremos como hermanos, que el amor de los hombres la hace más fecunda, porque el amor de los hombres es la fuerza que mueve los mundos. Dame tu mano

Juanón *(Profundamente conmovido.)* ¡Don Pedro!...

D. Pedro Juanón.

(Se dan la mano efusivamente.)

Juanón Venía aquí no sé a qué... Y estoy... ¡ámos, llorando! No me da vergüenza. Usté no quiso reparar en nuestra miseria, pero tampoco yo reparé en su bondá. Con gotas de sangre tengo yo que pagar lo que le debo... y misté, don Pedro, lo que hace la bondá de los hombres, yo, yo... ¡el Juanón!... soberbio y rebelde le tomo a usté la mano, pero es pa besársela. *(Besa la mano a don Pedro.)*

D. Pedro Levántate y ven a mis brazos.

Juanón ¿Entonces las limosnas del señor cura a mis

hijos, mientras yo andaba huido, eran cosa de?...

D. Pedro Eran cosa de Dios. Vuelve a tu casa, vive tranquilo, besa a tus hijos, y mañana di por el pueblo a los que temblaban por nuestro encuentro, que ahora podrían vernos abrazados, pero no en lucha de fieras, sino en afecto de hermanos.

Juanón ¡Gracias, don Pedro, gracias! ¡De usté hasta morir!

(Se escucha ruido en la puerta. Llaman.)

D. Pedro ¡Calla!

Juanón ¿Quién?

D. Pedro Debe ser un señor que espero. No salgas ahora. Métete en mi cuarto y aguarda.

Juanón Como usté mande. *(Se oculta en la primera derecha.)*

Casquete *(Entrando.)* Aquí viene el señor que m'ha mandao usté buscar.

D. Pedro Que pase.

Casquete *(A alguien que quedó fuera.)* Que pase usté.

Ismael *(Aparece, se quita el sombrero, se inclina con finura amanerada y fingida.)* Reverentemente.

D. Pedro Tenga la bondad de pasar.

Ismael Con definitivo placer. A su absoluta devoción. Suyísimo.

D. Pedro Ya le habrá dicho a usted aquí el joven...

Ismael Sí, señor; aquí el joven e ingenuo labriego me ha rogado, en su nombre honorable, que me personase en su morada, y ante tan honroso requerimiento, extrañado, aunque diligente, faltóme tiempo para venir en demanda de sus órdenes gratísimas.

D. Pedro Muy agradecido

Ismael *(Extrañado, a Casquete.)* ¿Pero tú no te quitas la boina ante tu señor?

Casquete Es costumbre.

D. Pedro Perdónele usted; este joven más dificultoso que América, no ha encontrado todavía el Colón que lo descubra.

Ismael Curiosísimo.

D. Pedro Retírate, Casquete.

Casquete *(Remedando a Ismael.)* Reverentemente. *(Vase Casquete.)*

D. Pedro Tome asiento.

Ismael *(Sentándose.)* Gracias rendidas.

D. Pedro Habrá sorprendido a usted mi ruego de que venga a esta casa.

Ismael *(Sonriendo con amargura.)* A mí no me sorprende nada. Hombre... ¿He dicho hombre?... Pobre náufrago de la vida, avezado desde la niñez a una lucha cruel con el infortunio, nada me sorprende, repito. A todo dolor y ultraje de la suerte estoy apercibido. Diga sin temor.

D. Pedro Pues perdone usted, que yo, que no dispongo de grandes caudales retóricos, le indiqué claramente por qué me he permitido molestarle.

Ismael ¡Oh, nada de eso! A su devoción. Explane.

D. Pedro Usted sabe que esta casa se halla ocasionalmente honrada por la presencia de una persona de usted conocida.

Ismael *(Con fingida amargura.)* ¿Ha dicho usted conocida?... ¿Conocida? ¡Adorada con todas las vehemencias de un alma febril!... ¡Marta!... Sí lo sé. Sé los accidentes... *(Con ironía.)* ¿Quiere usted que le llamemos accidentes?...

D. Pedro Llámelo usted como le dé la gana. Usted me confunde. No soy yo el que ha de cuidarse de poner nombre a las cosas, es don Antonio Maura.

Ismael Bueno, abandonemos el sutil humorismo y volvamos a mi desdicha.

D. Pedro ¿A su desdicha?

Ismael Sí, señor, conozco a Marta. Y sé o imagino por qué está en esta casa; donde usted, que es hombre de mundo, no negará que si ella estimase mi honor y el suyo, no ha debido permanecer ni veinticuatro horas.

D. Pedro Perdone usted, joven; nada contrario a su dignidad se oponía a una permanencia que han justificado razones de caridad y humanidad, en una mujer, que aunque sé que tiene una hija con usted, al fin, es libre.

Ismael *(Sonriendo con fingida amargura.)* ¿Libre?... ¿Ha dicho usted libre?... ¿Libre una mujer unida a mí por todos los vínculos humanos?... ¿Libre una mujer que captó mi albedrío en el albor de mi juventud? ¿Libre una mujer por la que perdí la carrera, la estimación de mis padres, derecho a una fortuna... que truncó mi porvenir?... ¿Libre una mujer que

me lleva tras sí, de la mano de una niña doliente, llorando de celos?...

D. Pedro Y si esa mujer es para usted causa de tanta desdicha, ¿por qué no la abandona?

Ismael ¡Oh, señor mío, qué fácilmente se conjetura sobre la conducta de un hombre! Déjela usted... déjela usted. ¿Y con qué emolumentos sufrago yo la casa de huéspedes?

D. Pedro ¡Ya, ya... a eso vamos!

Ismael Porque usted no sabe en qué situación tan precaria...

D. Pedro Sí, sí, la imagino. Me he percatado rápidamente de lo que ocurre.

Ismael Lo esperaba de su comprensión.

D. Pedro Usted es un infeliz, víctima de una mujer frívola, ¿no es eso?

Ismael Exactamente.

D. Pedro Y este amor le ha llevado a extremos de miseria tales que para usted la niña es una carga agobiadora.

Ismael ¡Qué clarividencia! ¡Parece que penetra usted a través de los cuerpos opacos!

D. Pedro Y penetro. Sé que no tiene usted dos reales.

Ismael *(Sacándose el forro del bolsillo.)* En efecto, ¡qué maravilla!

D. Pedro Y como un joven de sus prendas no merece tan mala suerte, me erijo en su protector.

Ismael Caballero...

D. Pedro Renuncie usted a esa mujer para siempre; devuélvale usted su hija y dígame a mí con toda franqueza la cantidad que necesita para irse solo y rehacer su vida.

Ismael *(Con necia dignidad.)* Caballero, si fuese otro el que me hubiera hecho una proposición tan denigrante para mi honra...

D. Pedro ¡Basta de pamplinas, joven!

Ismael ¡Hombre!...

D. Pedro A lo práctico. Cifras.

Ismael Pero...

D. Pedro Cifras.

Ismael Hombre, no agobie. Hay que calcular. No es puñalada de pícaro...

D. Pedro Ya sé que no es puñalada... No confundo las armas.

Ismael Pues yo para huir de España a un sitio don-

de no sufra viéndolas... *(Se queda pensativo.)* Necesito...

D. Pedro ¿Diez mil pesetas?

Ismael ¡Que poco... que poco ama usted a su familia!

D. Pedro ¿Cuánto?

Ismael Pasajes... pago de algunas deudas... Tres mil duros.

D. Pedro Está bien. Aguarde un momento. Voy por el dinero. *(Vase por la primera derecha.)*

Ismael Negocio redondo.

(Sale MARTA por la izquierda.)

Marta *(Que sale airada, llena de indignación.)* ¡Canalla!... ¡Mal hombre!

Ismael ¿Tú?... ¿Y dramática?

Marta ¿No esperabas verme, verdad? Claro, hecho el negocio, ¿qué te importa a ti ya tu honra ni todas esas consideraciones que haces en tu carta?

Ismael ¡Mira lo que dices!... ¿Qué más puedo yo hacer que resignarme y dejarte aquí?

Marta ¿Qué más puedes hacer?... ¿Cuándo te has ocupado tú de mí mientras me has visto sola, abandonada, arrastrando el sacrificio de mi vergüenza, por no desamparar a una hija?

Ismael Piensa, Marta, que el Destino ha sido muy cruel conmigo...

Marta No tanto como para vengarme a mí, a quien explotas y encima denigras.

Ismael Compréndelo; las circunstancias empujan. Uno tiene que disculparse. Pero tranquilízate. Ya vas a perderme para siempre, porque yo con ese dinero...

Marta ¡Ah, es que no; eso nunca! Ese dinero no consentiré que lo tomes.

Ismael ¡Estás loca! ¡Claro, tú has resuelto el problema de la vida!... ¡Y a mí que me parta un rayo!

Marta Te equivocas. Yo tampoco me quedo aquí. Vámonos. Te sigo. Llévame donde quieras.

Ismael ¡Tranquilízate y reflexiona, Marta!

Marta He reflexionado y oye mi resolución. Podrás hacer de mí lo que te dé la gana, pero de esta casa no te llevas un solo céntimo.

Ismael ¿Vas a impedirlo tú?

Marta ¡Sí, yo!

Ismael Lo veremos. Aparta.

D. Pedro *((Saliendo con un sobre que va a entregar a Ismael.)* Cuente usted.

Marta *(Interponiéndose.)* ¡No!

D. Pedro ¡Marta!

Marta *(A Ismael.)* ¡Vete, vete de esta casa! ¡Vete, que tu presencia mancha la nobleza de este hogar!

Ismael ¡Quita, Marta!

Marta ¡Que no!

Ismael *(Exaltado.)* ¡Que quites he dicho!... Mira que...

Marta ¡Mátame... prefiero la muerte antes de consentir esta infamia!

D. Pedro Traquilícese, Marta. No ha debido usted salir.

Marta Prefiero la miseria, tú... ¡todo!... antes que consentir esta infamia. Guárdese su dinero.

Ismael ¡Marta, no hagas que se me agote la paciencia! Tú no tienes que intervenir en un asunto resuelto entre dos hombres.

Marta ¿Dos hombres?... ¿Dónde está el otro?

Ismael ¡Marta!

Marta ¡Ladrón!... ¡Miserable!... ¡No has de robar ese dinero mientras me quede vida!... ¡No!

Ismael ¡Aparta, he dicho, ea!...
(Forcejean. La da un empujón brutal y la echa a tierra.)

D. Pedro ¡Ah!... ¡Maltratarla, no!... ¡Canalla!... ¡Bandido! *(Le golpea.)*

Ismael ¿Usted también contra mí?... ¡Una encerrona!... ¡Pues basta!... ¡Miserable! *(Luchan, y don Pedro, convaleciente y débil, lleva la peor parte.)* ¡Te ahogo! *(Le derriba sobre un sillón con las manos al cuello.)*

Juanón *(Sale como un tigre por la primera derecha.)* ¡Ah, eso, no!... *(Se echa sobre Ismael y le obliga a soltar a don Pedro, zarandeándole brutalmente.)* ¡A este hombre, no!

D. Pedro ¡Juanón!

Juanón ¡Está de Dios que yo vaya a presidio! ¡Lo ahogo!

D. Pedro ¡No, no le mates!... ¡Por tus hijos!

Juanón ¿Que no?... Pues entonces a la calle que lo coja el que lo quiera. *(Lo echa por la ventana.)*

Marta ¡Y ahora me robará a mi hija! ¡Mi hija! ¡Por Dios, mi hija!

D. Pedro ¿Qué hacemos, Juanón?

Juanón Deje usté, señorita, que aunque lo he tirao, ahora salgo a la calle, lo recojo otra vez, me lo llevo a Madriz en un lío y vuelvo con la niña... o me corto la cabeza, ¡por éstas! *(Las jura y sale.)* ¡Va usté a ver quién es el Juanón!—*(Telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Es de día. TIA PETRILLA y CASQUETE están en la puerta del foro de espaldas al público, mirando hacia la derecha, por donde se escuchan voces lejanas de entusiasmo.

Voz *(Gritando lejos.)* ¡Viva el héroe!
Voces ¡¡Vivaaaa!!
Voz ¡Viva el español valiente!
Voces ¡Vivaaa!
Voz ¡Viva don Marcial!
Voces ¡Vivaaa!
Petrilla *(Llorando de alegría.)* ¡Cómo le aclaman a Marcialito! ¡Tengo un ñudo que miá cómo lloro!
Casquete Ya m'habían dicho a mí que a la salía de la misa de gracias, l'harían una ovación.
Petrilla ¡Yo, que le he conocío así... *(Señala bajo.)*
Casquete ¿Agachao?
Petrilla ¡Así de pequeño, peazo e bruto!... ¡Y verle ahora que es el orgullo el pueblo!
Casquete ¡Me daría un gusto ser él! ¡Los hombres se le quitan el sombrero, las mujeres se le ponen delante y le dicen requiebros!
Petrilla ¡Y bien los merece!
Casquete El otro día una mujer guapísima, icía: «De güena gana ti daba un beso.» Y yo le dije, digo: «Pues si quié usté démelo usté a mí y yo se lo pueo llevar, que soy de la casa.»
Petrilla ¿Y no quedría?
Casquete Tontas que hay.
Voz *(Ya más cercana.)* ¡Viva el soldado valiente!
Voces ¡Vivaaaa!
(Llegan por el foro doña AURORA, don PEDRO, PADRE ENRIQUE y MARCIAL.)

Marcial *(Se vuelve al llegar a la puerta a saludar al pueblo agitando las manos con los brazos en alto.)* ¡Gracias, muchas gracias a todos!

P. Enriq. Señores, muchas gracias, y retiraos ya, que don Marcial no puede con su alma!

Voz ¡Viva el héroe!

Todos ¡Vivaaa!

Petrilla *(A todos.)* Güeno, que viva, pero si no le dejáis vivir, ¿cómo queréis que viva?...

Casquete ¡Es que aún no ha tomao chocolate!

Voz ¡Güeno, pos que viva desayunao!

Todos ¡Vivaaa!

(Se alejan.)

Marcial *(Que cojea y se apoya en un bastón. Conmovidísimo abraza a su madre.)* ¡Ay, madre, qué alegría!

Aurora *(Llorando.)* ¡Hijo mío!

Marcial ¡No sé lo que me pasa, madre de mi alma!

D. Pedro Ni yo tampoco. La emoción me ahoga.

Marcial *(Abrazándole.)* ¡Tío Pedro!

D. Pedro ¡Aprieta, valiente!

P. Enriq. ¡Tranquilícense, tranquilícense, por Dios, y dominen esos nervios, que están todos muy emocionados!

Casquete ¿Toos dice?... ¡Y usté tié un temblor que parece una devanaera!

Marcial ¡Y cómo no estar emocionado, padre Enrique, si es tan intensa mi felicidad, que todo esto me parece un sueño! Porque en mis anhelos de gloria, nunca llegué a imaginar que obtendría una recompensa tan grande.

Aurora ¡Sí, hijo; pero a costa de tu sangre y por poco de tu vida!

D. Pedro Bien barata a ese precio. Nada es la vida ante el ideal, hermana.

Marcial Y menos aún si el ideal es la Patria madre. ¡Que yo cien vidas diera por recibir la distinción que he recibido, aunque bien se que no la merezco!

P. Enriq. Eso no le toca a usted juzgarlo. Cuando por méritos de sangre y de heroísmo los compañeros se lo han concedido, dudar de su justicia es dudar de que ha puesto usted para lograrla todo el amor que siente por España.

Marcial ¡Eso no, que por ella estoy orgulloso!

Casquete ¡Si hubiese usté oído, tía Petrilla, la plática

que ha hecho aquí el padre Enrique, después de la misa, contando a ación de guerra en que dejaron cojo, aquí, a don Marcial!...

Petrilla ¿Habrá estao pa comérselo?

D. Pedro ¡Con bonete y todo!

Aurora La iglesia estaba atestada.

Casquete ¡Como si fuá un c ni!

Aurora ¡Pues, sin embargo, qué silenc o, que aten ción!

Casquete Es que había que oile cuando ha contao el momento en que avanzaba don Marcial contra el enemigo, seguido naa más que por dos moros de la Policía, Alí y Mojamé. Y de repente suenan dos tiros y Alí caído y Mojamé seco. Y don Marcial que avanza solo y arenga a los del convoy y se arma una en sa á de tiros, que tenían que quitarse las balas así, con el moquero. *(Saca el pañuelo y hace como si se sacudiera el polvo.)*

D. Pedro Calla, calla, charlatán.

Jovita *(Entrando nerviosa.)* ¡Ay, vengo loca! ¡Loca de entusiasmo! *(Abrazando a su hermano.)* ¡Ay, Marcial de mi vida!

Marcial ¿Pues qué te pasa, hermana?

Jovita No me dejaba la gente llegar a casa. —¡Esa es la hermana del héroe!... —¡Esa es su hermana! Y un joven muy guapo me decía: —¡Vaya heroinaza! ¡Qué mujer para una avanzad lla!... Y todos venga de señalarme con el dedo y de tocarme las palmas... ¡Y me han echado una de flores!

Aurora ¿Naturales?

Jovita De todas clases, mamá.

D. Pedro ¿Qué, estás satisfecha de tener un hermano valiente?

Jovita ¡Oh, estoy loca! Es una el blanco de la curiosidad pública.

Casquete Y menúo blanco.

Petrilla ¡Cállate, atrevío!

Jovita Y luego que yo, desde que nos han dado la cruz laureada, parece como que me siento así, más valiente. Ya saben ustedes el miedo que yo tenía a los perros, pues ahora al venir, se me ha puesto delante uno, así de grande, y le he dado un sombrillazo que se ha ido aullando.

D. Pedro ¡Mujer!

Jovita En seguida encuentro otro, y otro sombrillazo, y al tercer perro: zás, le voy a pegar también... ¡y si no corro, me muerde!

P. Enriq. *(Riendo.)* Dificultades del heroísmo.

D. Pedro Bueno, y que si sigues así, a éste le han dado la cruz laureada, pero a ti te van a tener que dar una inyección antirrábica.

Jovita Es que no sé que me ha dado, que me siento tan bélica, que a la salida de misa oí decir a la confitera que lo de éste no era para tanto, y de poco la pego.

Marcial ¡Pues cálmate, por Dios, hermana!

Aurora Y anda a tomar chocolate, a ver si te tranquilizas un poco.

Jovita ¿Chocolate?... ¿Habéis dicho chocolate?... ¡Ahora veréis los mojicones! *(Entra resuelta y bélica por la izquierda.)*

D. Pedro ¡Nada, que sigue valiente!

Marcial ¡Vamos a calmarla, tía Petrilla!

Petrilla ¡Y que te he hecho unos bollos!...

Casquete ¡Le han salío una miajita duros!

Petrilla *(Dándole un cogotazo.)* ¡Ya los has probao tú, maldita sea!... ¡Guluzmero!

Casquete ¡No pegue usté! ¡Que me lo ha hecho la vista! *(Marcial, Petrilla y Casquete hacen mutis por la izquierda.)*

D. Pedro ¿Estarás reventando de orgullo, hermana?

Aurora Sí, te lo confieso, querido Pedro; compensación bien escasa de las horas amargas que pasé mientras mi hijo luchaba entre la vida y la muerte.

P. Enriq. Pero hoy ya, gracias a Dios, todo son alegrías.

Aurora *(Con cierta amargura y mirando a su hermano.)* ¿Todo?... Todo, no, padre Enrique. Bien lo sabe usted que hay una sombra en nuestra felicidad.

D. Pedro ¿Una sombra?

Aurora Sí, una sombra que no puedo ocultarte, Pedro.

D. Pedro Tú dirás.

Aurora ¿No la presumes?

D. Pedro La presumo; pero quiero oirla de tus labios.

Aurora Es una crueldad.

D. Pedro Es un deseo de no suponer más ni menos de cuanto quieras decirme.

Aurora Pues bien, sí; no se te ocultará, Pedro, que el pueblo murmura y comenta todo lo que ha ocurrido y ocurre con Marta.

D. Pedro ¿Y qué ha ocurrido?

Aurora Que Juanón trajo a la niña y a la madre de Marta, que has instalado a las tres en el pueblo, que pagaste el viaje a América a aquel granuja...

D. Pedro Exacto. ¿Y qué más?

Aurora Y que tienes ciertos proyectos de matrimonio con esa mujer.

D. Pedro Ciertísimo. Y todo eso lo hice con el decoro que merece mi nombre y el honor que yo quiero dar a las personas de que se trata.

Aurora ¿Y crees tú, Pedro, que podríamos ver con alegría, que una mujer... que era lo que era y que llegó a tu casa en ciertas condiciones de?... ¡Vamos!... Hable usted, padre Enrique.

P. Enriq. *(Como deseando excusarse.)* ¡Yo, señora!...

D. Pedro ¡Y qué va a hablar el padre Enrique, si esta obra que yo intento, de misericordia y de amor, es casi casi obra suya!

P. Enriq. *(Como tratando de declinar una responsabilidad.)* Sin embargo, mi señor don Pedro...

D. Pedro ¡Por Dios, padre Enrique, no vacile usted por escrúpulos pueriles en una obra del bien! Usted me refirió como el hecho más laudable de su vida, que su casa se vino al suelo en escombros y que usted la reconstruyó, volviendo a colocarlos y a unirlos de nuevo, uno a uno; pues si reconstruir una casa es un hecho meritorio, cuanto más no ha de serlo reconstruir un alma que es lo que yo me propongo: unir sus pedazos dispersos por el infortunio y levantarla de nuevo, llena de dignidad y de nobleza. Una casa, aunque sea arca de tradición familiar, al fin, son paredes y maderas. Un alma, si es un alma, no puede ser otra cosa que ideal, fe, amor. ¡Anhelo del bien, misericordia de Dios!... No me quiero aprovechar de la ventaja, pero ya ve usted que gano en mi obra.

P. Enriq. Sin embargo, hay que darle al bien un aspecto...

D. Pedro El bien no tiene más aspecto que el suyo.

Aurora Sí, hermano; pero la maledicencia, lo que andan diciendo...

D. Pedro ¡Qué me importa lo que puedan decir!... Las palabras de la maledicencia son palabras de odio. Y el odio sólo es cosa de infames y de impotentes. Nada tiene permanencia en la vida sino el bien y la verdad. Seamos buenos y dejemos decir. El odio puede engañar a los hombres, pero no engañar a Dios! *(Al padre Enrique, jovialmente.)* ¿Estamos conformes?

P. Enriq. Don Pedro, no olvide usted que estos hábitos impiden dar ciertas expansiones del alma su natural efusión; pero en fin, ¿si le abrazo a usted, no le digo bastante? *(Le abraza.)*

D. Pedro Todo lo que yo le dije cuando le abracé aquel día, en que sumido en mi pesimismo, ¿no quería decirle nada?

Aurora Pero confiesa, Pedro, que esa mujer te ha sacado de quicio y eso a tu edad...

D Pedro No me hables de edad, que te voy a recordar que tienes cinco años más que yo.

Aurora *(Vivamente.)* Tres.

D. Pedro *(Con igual viveza.)* Cinco.

Aurora Tres.

D. Pedro Cinco. Y si me incomodo te voy a añadir los dos que te descontaba por galantería.

Aurora Sí, bromas, para no hacernos caso y salirte con la tuya, pero piénsalo bien, Pedro, el chico ahora con la cruz laureada y casarte tú en ciertas condiciones...

D. Pedro Sí, pero, vamos, ¿porque tu chico sea valiente no querrás que yo sea injusto ni desgraciado?... *(Abrazándola.)* Vamos, hermana, vamos...

Marta *(Desde la puerta.)* ¿Dan su permiso?

Aurora ¡Ella! *(Aparte.)* ¡Me alegro!

D. Pedro ¡Marta!... Pase usted, pase usted.

Marta *(Entrando.)* ¡Padre Enrique!

P. Enriq. Señora...

Marta Perdonen ustedes la libertad que me tomo de venir a esta casa.

D. Pedro Viene usted a favorecerla.

Marta Muchas gracias. Y sobre todo, perdónemo usted, señora, la osadía; pero estoy tan conmovida por el espectáculo entusiasta del

pueblo aclamando a su hijo, después de la misa de gracias, que no he podido resistir a la tentación de venir a estrechar su mano, recordando también la acción generosa que hizo conmigo.

Aurora *(Con cierta sequedad.)* Muchas gracias, pero en este instante está desayunando, y....

D. Pedro No importa, como el desayuno es cosa de un momento y el día tiene tantos, dile que salga a honrarse estrechando la mano de una mujer, que es uno de los mayores galardones que puede recibir un héroe.

Aurora Sí, sí, ya voy... ¿Y usted, qué tal en este pueblo?

Marta Regular, señora.

Aurora ¿Tiene usted muchas amistades?

Marta Bien sabe usted que no. Las amistades, si lo son, no son fáciles de adquirir; pero si yo, con el tiempo, claro está, las merezco, las tendré. Estoy segura.

Aurora ¿Y su niña?

Marta Tan buena, gracias a Dios. Ocupada me tiene todo el día en su instrucción, porque como en la escuela me pusieron para admitirla ciertas dificultades..

Aurora ¡Ah, claro, hija! Hay que hacerse cargo que en un colegio donde todas las niñas que van, son...

D. Pedro ¿Me haces el favor de avisar a Marcial que salga a saludar a esta señora?

Aurora Voy, voy... En seguida voy. Servidora de usted. *(Vase.)*

Marta Y yo muy suya.

P. Enriq. Con permiso de ustedes

Marta Señor mío...

(El padre Enrique vase tras de doña Aurora.)

Marta ¿Lo ves?... He venido por obedecerte; pero de nada sirve afanarse en complacer y halagar los sentimientos de esta señora.

D. Pedro ¡Por Dios, no te importe! Son prejuicios, rarezas de carácter.

Marta Es que yo creo que jamás venceré su hostilidad, su repulsión hacia mí.

D. Pedro No te dije nunca que su conquista fuese obra de un minuto. ¡No pierdas la paciencia, tú que eres tan bondadosa, Marta!

Marta Es que muchas veces me pregunto llena de

remordimiento: «¿Y este cariño, esta bondad para conmigo, no te originarán disgustos y dificultades con los tuyos?»

D. Pedro No me los originarán, desecha esos escrúpulos; pero si me los originasen tampoco serían obstáculo a este amor, con que te amo, que cada día es más fuerte y más profundo.

Marta ¡Pero que sufras por mí, cuando todo mi afán es llenarte la vida de alegría!...

D. Pedro Pues eso, Marta, con quererme ya lo haces. ¿Qué me importan a mí los demás, si fuiste tú, tú sola, la que desechaste con tu mirada y tu sonrisa las negruras de ingratitud y de traición que envolvían mi alma?... Yo era triste, rencoroso, adusto; lleno de rigor y de odio a todo y a todos; hombre sin fe en nada y sin amor a nadie. Y tú, Marta, como un alba divina, me anunciaste un día nuevo de redención y de ventura. Por ti he vuelto a ser bueno y generoso; a tener esperanza y amor. Mi resurrección es tu obra... ¿Cómo no ser tuyo si mi vida de ahora eres tú? ¡Tú, ante todos y contra todos!... Porque decir «todos», es decir prejuicios, escrúpulos, rencores... ¡Minucias!... Y decir «tú», es decir abnegación, ternura, amor infinito... que es la suprema felicidad.

Marta No te extrañe. Lloro de oirte. Nunca palabras iguales llegaron a mis oídos. Instintos de juventud irreflexiva y loca me llevaron a estrellarme contra el primer engaño que me atrajo falazmente. Tuve una hija y no había amado. Ella fué mi primer amor. Y ahora el tuyo, este amor tuyo que es para mí... ¿Cómo te diré?... Mira, yo soy mujer é ignorante, y no sé decir cosas bonitas, pero vamos... te diré que este amor que te tengo me da una fuerza tan grande para vivir y para esperar, que me figuro que los días tienen obligación de ir pasando de prisa, de prisa, para que llegue uno... ¡uno!, en el que he de ser tuya... ¡tuya para siempre!

D. Pedro *(Con ternura.)* ¡Marta!

Marta Y además, este amor es tan grande, ¿sabes?... que a su lado todo lo veo así tan pequeñito... pequeñito el rencor de los demás, pequeñita la envidia, pequeñita la injuria...

¡Qué gusto sentir un amor tan grande, si quiera porque a su lado se ve tan pequeñito todo lo malo!

D. Pedro ¡Marta, mujer de mi vida!

(Se abrazan.)

(JUANON y TOMASIN aparecen en la puerta del foro vueltos de espaldas.)

Juanón ¿Dan ustedes su premiso?

Tomasín ¿Se pué pasar?

D. Pedro Adelante. ¿Pero que manera de entrar es esa?

Juanón No, naa, una curiosida, a ver quien venía etrás

Tomasín Yo de denguna manera iba a ver naa... Pero como m'ha dicho: «No mires...»

D. Pedro ¿Y qué os trae por esta casa?

Juanón Pos a felicitar a don Marcial y traele a usté el primer cesto de uvas, señor amo

D. Pedro Hombre, muchas gracias.

Marta ¿Y qué, está usted contento, Juanón?

Juanón Mucho, señorita. Tan contento que me parece que he nacío a' una vida nueva. Denantes cuando estaba yo enrabiao con la injosticia de toos y la miseria e' los míos, vivía yo como una fiera acorralá, atemorizao de mi mesmo: y toos al verme ícían: «¡Que viene Juanón!» Y se largaban más que a paso. Ahora, como gracias al amo, tengo lo que necesito pa la vida, estoy contento, y toos al verme icen: «¡Ahí viene Juanón!» Y me abren los brazos. No pedía yo más. ¡Mi sangre y mi vida pal que me lo ha lograo!

D. Pedro *(Sonriendo.)* ¡Tú eres extremado en todo!

Juanón Y justo también.

D. Pedro ¿Y cómo esas uvas tan tempranas?

Juanón Pos misté, que sé yo... de los viñedos del Cerro que nunca se lograron tempraneras. ¡Los primeros racimos son! El afán de queré traéselas a usté cuanti más antes, se conoce que las ha madurao. Y este amaneció pos mi pequeño, mi Juanín, el más nuevo, dijo dice: «Voy a ver si ya están las uvas pal amo.» Y fué a la viña y se metió entre las cepas y de pronto cayó a tierra; y cuando acudimos a él, se alza llevándose la mano a la naricilla, que sangraba del golpe y sin acordarse de llorar, va y me ice: «Las

primeras que han madurao. Llévesela usté, padre.» Y aquí las traigo. Tien que ser güenas, porque escogías están en un peazo e tierra, regao con sudor de trabajadores, con lágrimas de agradecíos y hasta con unas gotillas de sangre de mi Juanín. Que de salú le sirvan. *(Le da la cesta.)*

D. Pedro Gracias, Juanón. *(Le abraza. A Marta.)* Toda esta gratitud y este cariño de los míos, también es tuyo, porque el bien que les hice fué alegría de tu amor.

Marta *(A Tomasín, que está sentado en un rincón.)* ¿Y tú, por qué estás tan triste, Tomasín?

Tomasín Pos misté, señorita Marta; yo es que veo que tarde o temprano toos alcanzan lo suyo, y a mí no me se logra.

D. Pedro ¡No desesperes, hombre!

Juanón Eso le digo yo.

Marta Pero no tengas tan poca fe, no llores por eso.

Tomasín Si es que misté, el señorito Marcial ahí lo tié usté con su cruz laureá, que cuando la mentaba de chico le paecía un sueño; don Pedro, con su alegría, vive, que cien años le dure; usté, con su tranquilidá, que pa siempre sea; Juanón, con su peazo e pan... Hasta Casquete, que quería una pastilla e jabón pa su novia, l'ha tocao ayer en una rifa... y yo, náa... ¡peor que náa!; porque esta mañana estaba yo a la puerta e la iglesia, y cuando salía el señorito Marcial, que toos le aplaudían y le gritaban vivas, yo le dije a Rogelio el de la tía Rula, digo: —Ahora l'acompaño yo a su casa tocando un pasodoble melitar en el acordión; y fueron él y otros guasones y me lo quitaron y no me ejaron tocar... y me vine llorando etrás de la cometiva. ¡Está bien visto que a mí nunca, nunca me oirán con una meaja de respeto!

P. Enriq. *(Que ha salido antes de terminar su párrafo Tomasín.)* ¿Pero qué es eso, Tomasín, vas perdiendo la fe?

Tomasín ¿Es usté, padre Enrique?

P. Enriq. Yo soy, que salgo a regañarte.

Tomasín No le veo a usté, pero paece que le veo más que a ninguno.

P. Enriq. Porque te hablo con palabras de esperanza.

Tomasín ¿Y usté cree que algún día me oirán toos sin burlase?

P. Enriq. Estoy seguro. Tú debes tener fe más que nadie, porque tú sólo ves la verdad con la luz de tu alma.

Tomasín ¡Padre Enrique!

P. Enriq. Un día—no sé cuál—, pero un día lograrás tu sueño. ¡Yo te lo prometo en nombre de Dios! No dudes, Tomasín.

Tomasín ¡Qué alegría, si llegase ese momento!

P. Enriq. ¡Ya ves, con creerlo sólo te sientes más cerca de la felicidad!

Marta ¡Pobrecillo!

Marcial *(Saliendo y a Marta.)* Señora, hace un instante me ha dicho mamá...

D. Pedro *(Extrañado.)* ¿Hace un instante nada más?

Aurora Hombre, me he distraído, perdona.

Marta *(Sonriendo.)* Es igual. Pues sí, que deseaba felicitar a usted. *(Le da la mano.)*

Marcial Gracias, muchas gracias.

Marta Y renovarle mi gratitud.

Marcial ¡Por Dios, no se acuerde usted de eso!

Marta ¿Estará contento?

Marcial Figúrese, ponga a la alegría las máximas satisfacciones, y se dará cabal idea.

(Por el foro entra LAUREANO, volando, lívido, tembloroso, con un telegrama en la mano. Viene vestido de fiesta, con capa y la vara de alcalde.)

Laureano *(Que apenas puede hablar de la emoción.)* ¡Don Pedro, don Marcial, señoras, señorita!... ¡Ay, cogerme, que me arrugo!... ¡Que no me tengo!...

D. Pedro ¿Pero Laureano, pero qué tienes?

Aurora ¿Qué le pasa?

Laureano Que tengo una cosa aquí, en... que no puedo hablar de la... que m'ha dao un temblor que me...

Marcial ¿Pero qué es?

Laureano Un poco de agua u lo más parecido, hacer el favor.

Petrilla ¡Pero quié usté hablar, por los clavos de Cristo!

Laureano ¡Ay, don Pedro, qué honra pa usté, qué honra pa mí, qué honra pal Ayuntamiento!... *(Abraza a todos.)*

Marcial ¿Pero de qué se trata?

Laureano ¡Ay, don Marcial, qué honra pa usté, qué honra pa su mamá, qué honra pa ese, pa esa, pa esos... pa aquéllos!...

D. Pedro ¡Bueno, qué honra para todos; pero o nos dices lo que es, o te rompo la cabeza, como me llamo Pedro, caramba!

Laureano ¡Pos náa... agárrense ustés unos a otros, que se caen de la noticia!... Pos ná, que no hace ni cinco menutos que he recibío un telegrama del gobernador de Guadalajara, de autoriá a autoriá, en el que me ice que tié el honor de comunicarme que dentro e diez menutos... agarrarse fuerte... pasará por este pueblo Su Majestá el Rey.

Todos ¿Eh?

Laureano De paso pa Sigüenza, ande va a una cacería...

Todos ¡Bah!... *(Decepción.)*

Laureano Aguardarse. *(Leyendo.)* Pero que enterao por el Gobierno melitar de Gua... Guadalajara, de que se halla en este pueblo, curándose, el héroe don Marcial Díaz Quiñones, ¡se detendrá pa saludarlo!

Marcial ¡El Rey aquí!

Todos ¡El Rey!

Laureano Silencio. *(Leyendo.)* Lo que comunico a S. S., que debo ser yo, pa las prevenciones oportunas. El gobernador. *(Sin leer.)* Han puesto una dé de más. Se ice gobernaor.

D. Pedro ¡El Rey aquí!

Aurora ¡Ay, hijo mío; el Rey a estrecharte la mano!

Marcial ¡Ay, madre, qué alegría!

Jovita ¡Ay, mamá! ¡El Rey aquí! ¡Y querrá conocernos!... ¿Qué me pongo yo?... ¡Que no he traído más que tres sombreros!

D. Pedro ¡Ponte el mío también, si quieres!...

Marcial ¡Yo voy a vestirme!

Laureano ¡Pues dense ustés prisa, que no debe tardar!

Aurora ¿Y cómo sabremos cuándo llega?

Laureano Pues por un medio mu ingenioso que me s'ha ocurrío.

Jovita ¿Cuál?

Laureano Que he mandao al Secretario, que ya está güeno del too, que subiese con la hija del campanero y seis cuhetes a la torre e la iglesia y de que vea el auto rial venir por

la carretera, pos que dispare un cuhete.

Todos Muy bien.

Laureano De forma que ya lo saben ustés. De que se oiga un chupinazo, el rey que llega.

Casquete Pos a vestirnos a escape.

Petrilla ¡Pronto, volando!...

(Sale corriendo cada uno por un lado y repitiendo todos: ¡El Rey! ¡El Rey!)

D. Pedro Bueno, ¿y tú qué providencias has tomado, Laureano?

Laureano Pos misté, don Pedro, yo lo primero pues le he mandao a caa concejal un oficio de palabra, que se presonen toos aquí, que es lo más prósimo a la carretera, bien lavaos de cara y manos y con las mejores ropas que tengan, de que sientan el cuhete, cójales como les cójales.

P. Enriq. Muy bien.

Laureano A más le he dicho a la maestra que salga a la carretera con las cuarenta niñas de que dispone, y de que vean a Su Majestá que le canten las cuarenta...

D. Pedro ¡Hombre, no; que no le canten las cuarenta, porque considera el barullo!...

Laureano Yo lo icía por si sabían un «himno» alusivo. Pero resulta que no lo saben y a más no puén cantar porque toas dicen que tien vergüenza y la única que no la tiene, está acatarrá y no sabe más que una cosa que dice: «¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús!»

Marta ¿Una cosa religiosa?

Laureano Una cosa que ice: «¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús!» ¡Es mejor, mucho mejor el autobús!» Usté sabrá si eso es religioso.

D. Pedro Bueno, ¿y piensas dirigirle la palabra al rey, Laureano?

Laureano Me paece lo oportuno. Y pa ello, pos me he estudiao una cosa que venga a icir, poco más o menos: «¡Señor, siento tan gran respeto ante Su Divina Majestá!...»

P. Enriq. ¡Hombre, no! Eso se le dice a Dios.

Laureano Es que yo no le digo adiós recién llegao, no crea que queremos que se vaya.

Marta ¡Tiene razón!

D. Pedro Bueno, sigue a ver.

Laureano Siento tan gran respeto ante Su...

P. Enriq. Su Real Majestad...

Laureano Su Rial Majestá, que estoy alicortao.

Marta ¡Por Dios, que eso es muy ordinario!...

Laureano Bueno... que me siento embarazao.

D. Pedro ¡Peor!

P. Enriq. Que me siento emocionado.

Laureano Que me siento emocionao, y aunque yo soy la caeza el Ayuntamiento no cre Su Majestá que he venío aquí de caeza, que he venío de simple «súdito» a poner a sus riales plantas estos dos tiestos... y le regalo dos tiestos de claveles que quié enviale la maestra a Su Majestá la Reina, que ha leío que le gustan.

D. Pedro Bueno, mira, Laureano, tú, cuando veas al rey te callas, te descubres, te inclinas, que al verte con esa capa, ya te dirá él que te desabrigues.

Marta Sí; lo mejor será que se limite usted a contestar a lo que Su Majestad le pregunte.

Laureano ¿Y si no lo sé? *(Se oye un disparo.)* ¡El cuhete! ¡El Rey, ahí está el Rey!

D. Pedro ¡El Rey! *(Llamando a su hermana.)*

P. Enriq. ¡El Rey! ¡El Rey!

(Empieza a salir gente a medio vestir, unos de las habitaciones de la casa y otros de la calle. Un CONCEJAL viene abrochándose el cuello de la camisa, que es duro y no se le sujeta; otro, se sienta y se pone las botas, que le hacen daño y cojea; otro, abrochándose el chaleco y con la americana al hombro. Los de la casa salen también a medio vestir; doña AURORA, con una dechabilla y unas tenacillas rizándose; la tía PETRILLA en enaguas; JOVITA en cubrecorsé y poniéndose el sombrero; todos corren desalentados de un lado para otro, cuidando de que resulte un barullo gracioso y pintoresco.)

Jovita ¡Ay, por Dios, que le digan que no estoy!... ¿Cómo me presento así?... ¡Ay, qué apuro!

Aurora ¡Que me ricen, que no llego!... ¡Rizarme, que no llego!

Petrilla ¡Ay, que del azaro he perdío mi falda!... ¿Ande está mi falda?...

Casquete ¡Mi faja!... ¡Uno que me la líe!... ¡Uno que me la líe!

Laureano *(Desesperado.)* ¡Darse prisa, que está aquí ya!...

Concej. 1.º ¡A mí no m'ha dao tiempo!

Concej. 2.º ¡M'ha cogío poniéndome las botas!

Concej. 3.º ¡Mándele usté un recao que se espere unas meajas!

(Cada uno sigue con su tema. Corren azorados.)

Laureano ¡Pronto! ¡Pronto!... ¡Que se va! ¡Que se va!...

Secretario *(Entra por el foro, corriendo, vestido de chaqué, muy ridículo y con un manojo de cohetes en la mano.)* ¡No alarmarse, no alarmarse!...

Laureano ¿Qué pasa?

Secretario Que no pasa.

Laureano ¿Qué quiés decir?

Secretario Calmarse, calmarse, que no viene entavía.

Laureano ¿Y por qué has disparao?

Secretario ¡No he sío yo, que ha sío la chica el campanero, que sabe usté lo regolveora que es, y estábamos juguetiando y va y me quita la colilla e los labios y me la aplica un cuhete... y me estrella uno, que misté, el saqué m'ha ardío medio faldón!

Laureano ¡Bueno, mira, no te quito las narices de una gofetá, porque no quiero cuando le demos la mano que vea el Rey que aquí se la da ningún chato!... ¡Que si no!...

Uno ¡Pa hacerlo trizas!

Aurora ¡Nos ha matado del susto!

Jovita ¡Para lincharlo!

Otros ¡Qué animal!

Laureano Con que anda y súbete pa la torre y no dispares hasta que veas el auto rial y le ices a la niña el campanero, que como nos gaste otra broma la mandó a las Canarias a que la piquen. ¡Hala!

(Vase el Secretario por el foro.)

Laureano ¡Güeno, acabase de arreglar con sosiego, que por fortuna nos da tiempo!

Juanón *(Entra vestido de fiesta.)* Yo, ya estoy.

D. Pedro ¡Muy bien, Juanón!

Marcial ¡Y yo también, tío Pedro!

Juanón ¿Quié usté que vaya a su lao pa saludar al rey, señorito Marcial?

Marcial ¿Por qué no? ¡Yo con las armas de la guerra, tú con las armas del trabajo, todos servimos a la Patria!...

D. Pedro Y con igual amor. Y yo te aseguro que cuan-

do a su paso descubra la mirada del augusto viajero los viñedos que tú cuidaste correctamente alineados como para rendirle honor, se acordará, complacido, de los que tales labores hicieron.

P. Enriq. Por igual deben amar los reyes a sus soldados que a sus labradores.

Marcial Primero, hacer rica la Patria; después, defenderla.

Marta ¿Por qué no habían de pensar así todos los hombres?

(Suena por fin otro disparo. Empiezan a repicar alegremente las campanas. Siguen disparos de cohetes, gritos lejanos de ¡Viva el Rey!... ¡Viva el Rey!..., que contesta la multitud.)

Laureano ¡Ahora es verdad! ¡Vamos, don Marcial! Formarse todos. Seguirme.

(Salen todos.)

D. Pedro *(Emocionado a Marcial.)* ¡Anda, hijo mío, bésale con respeto la mano, que es la más alta representación de la Patria que viene a honrar a un héroe!

(Vase Marcial.)

Jovita ¡Anda, mamá!

Aurora ¡Vamos, hija!

(Salen corriendo.)

Marta ¡Ya llegó el rey!... ¡Míralo, tan alegre, tan jovial para todos!... ¡Ya baja del auto!... ¡Abraza a Marcial!...

D. Pedro ¡Ya lo veo!... ¡El rey dice unas palabras! Todos se inclinan, le besan la mano...

Marta ¡Mira ahora todos callan, Tomasín adelanta! ¿Oyes?

(En un acordeón se oye tocar la Marcha Real.)

D. Pedro ¡Todos le escuchan mudos de emoción!

Marta ¡Es el milagro que él pedía!

D Pedro Es la ilusión que triunfa hasta en ese pobre niño, como triunfará la nuestra, porque todos los ideales perseguidos con entusiasmo tienen un fin glorioso.

Marta Tienes razón, Pedro. La fe es el camino de la gloria.

D. Pedro Sí, Marta; ese es el camino de todos, de todos los que lograron triunfar.

Casquete *(Entrando.)* ¡Señor amo, hasta yo me he quitado la boina!

Tomasín ¡Ya me han oído, el rey m'ha dao la mano!

Juanón *(Desde la puerta, donde se agrupa la gente de espaldas al público como para ver pasar el auto real.)* ¡Viva el Rey! ¡Viva España!

Todos ¡Vivaaa!

(Después se hace el silencio, todos se descubren y vuelve a oirse únicamente el acordeón de Tomasín tocando la Marcha Real, y va cayendo lentamente el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Carlos Arniches

Casa editorial.
La verdad desnuda.
Las manías.
Ortografía.
El fuego de San Telmo.
Panorama nacional.
Sociedad secreta.
Las guardillas.
Candidato independiente.
La leyenda del monje.
Calderón.
Nuestra Señora.
Victoria.
Los aparecidos.
Los secuestradores.
Las campanadas.
Vía libre.
Los descamisados.
El brazo derecho.
El reclamo.
Los Mostenses.
Los Puritanos.
El pie izquierdo.
Las amapolas.
Tabardillo.
El cabo primero.
El otro mundo.
El príncipe heredero.
El coche correo.
Las malas lenguas.
La banda de trompetas.
Los bandidos.
Los conejos.
Los camarones.
La guardia amarilla.
El santo de la Isidra.
La fiesta de San Antón.
Instantáneas.
El último chulo.
La Cara de Dios.
El escalo.
María de los Angeles.
Sandías y melones.
El tío de Alcalá.
Doloretes.
Los niños llorones.
La muerte de Agripina.
La divisa.
Gazpacho andaluz.
San Juan de Luz.
El puñao de rosas.
Los granujas.
La canción del náufrago.
El terrible Pérez.
Colorín colorao...
Los chicos de la escuela.
Los pícaros celos.
El pobre Valbuena.
Las estrellas.
Los guapos.
El perro chico.
La reja de la Dolores.
El iluso Cañizares.
El maldito dinero.
El pollo Tejada.
La pena negra.
El distinguido Sportman.
La noche de Reyes.
La edad de hierro.
La gente seria.
La suerte loca.
Alma de Dios.
La carne flaca.
El hurón.
Felipe segundo.
La alegría del batallón.
El método Górritz.
Mi papá.
La primera conquista.

El amo de la calle.
Genio y figura.
El trust de los Tenorios.
Gente menuda.
El género alegre.
El príncipe Casto.
El fresco de Goya.
El cuarteto Pons.
La pobre niña.
El premio Nobel.
La gentuza.
La corte de Risalia.
El amigo Melquiades.
La sombra del molino.
La sobrina del cura.
Las aventuras de Max y Mino.
El chico de las Peñuelas.
La casa de Quirós.
La estrella de Olympia.
Café solo.
Serafín el Pinturero.
La señorita de Trevélez.
La venganza de la Petra.
¡Que viene mi marido!
El agua del Manzanares.
Las lágrimas de la Trini.
Las grandes Fortunas.
La mujer artificial.
El conde de Lavapiés.
La maña de la mañica.
La flor del barrio.
Los caciques.
No te ofendas, Beatriz...
La chica del gato.
La heroica villa.
Mariquita la Pispajo o No hay bien como la alegría.
Es mi hombre.
La hora mala.
La tragedia de Marichu.
La locura de don Juan.
La dichosa honradez.
Los milagros del jornal.
El camino de todos.
Angela María.

Obras de Antonio Estremera

Libros usados.
El hijo de doña Urraca.
El hombre pañuelo.
El bajo cantante.
La reina del tango.
El hogar alegre.
El reloj de arena.
El gran duque Simple IV.
Juego de amor.
El padre Cirilo.
La Pepita de Oro.
Las cuarenta horas.
Pan de Viena.
El statu quo.
El gran demócrata.
El chic parisién.
El alma del león.
Cuento sinfónico.
El día y la noche.
El templo de Cupido.
Las mujeres de teatro.
La reina alegre.
Las medias caladas.
Agua de Borrajas.
La mujer soñada.
El despertar del león.
El ogro.
El rey del fado.
Secretaría particular.
El rey de la selva.
Los brazos caídos.
Un pedazo de pan.
Los ilustres doctores.
La dichosa honradez.
El camino de todos.

Precio: CUATRO pesetas